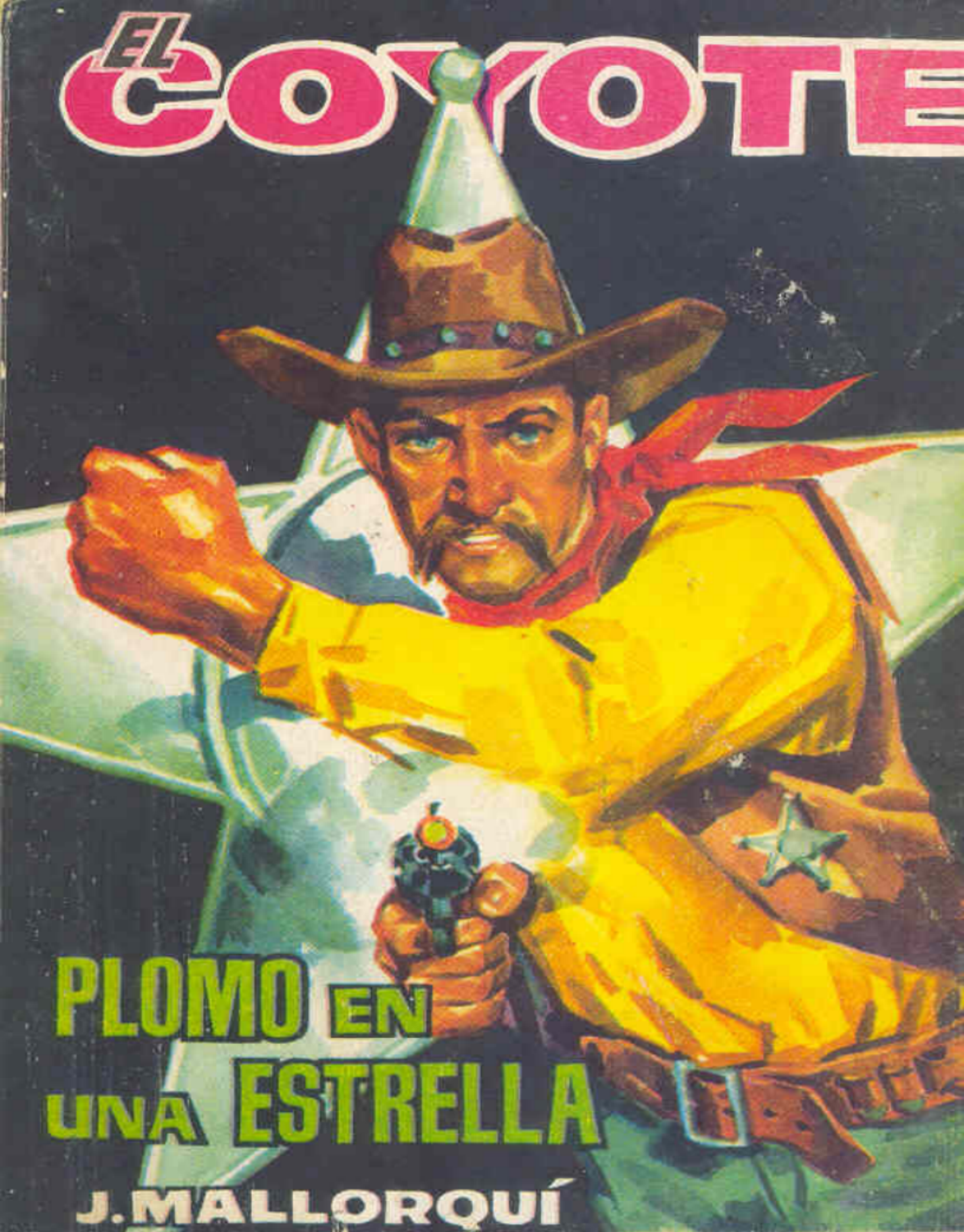

EL COYOTE
PLOMO EN UNA ESTRELLA
J. MALLORQUÍ

PLOMO EN UNA ESTRELLA

Por José Mallorquí

CAPITULO PRIMERO

JUICIO PARA MAÑANA

El «sheriff» Harley, de Farish City, se enfrentaba con una ardua tarea.

—Yo no veo la dificultad —dijo su comisario, «Boots» Malone, frotando con la manga la plateada estrella prendida en su pecho.

Harley se acarició el bigote y gruñó:

—Lo grande es tan difícil de ver como lo pequeño. Dicen que el Amazonas es tan ancho que uno cree estar junto al mar y si no se prueba el agua no Be entera de que está al lado de un río.

—¡Qué comparaciones!... —rió «Boots,»—. Usted me resulta poco práctico a veces.

Malone tenía fama de ser hombre muy práctico. Esta fama le venía de muchos años antes, cuando compró por diez dólares cien pares de zapatos que parecían hechos para gigantes o para colgar como muestra del dintel de una zapatería. Nada tiene de extraño que el zapatero capaz de tener en su establecimiento unos zapatos como aquellos quebrase y tuviera que vender sus mercancías en pública subasta. A los zapatos en cuestión se les fijó el bajo precio de un dólar por cada par o sea de cien dólares los cien pares. Nadie ofreció tanto y el subastador los fue rebajando, ponderando sus cualidades: Magnífica piel de becerro. Suela recia, sin cartón ni lona. Cosidos a mano. Buen forro. Podían servir de cualquier cosa. De paragüero, de lancha salvavidas, de maceta para plantar flores. Para lo que no se atrevió a decir que servían era para llevarlos como zapatos. La idea de tener uno de aquellos zapatos como paragüero no tentó a nadie. Uno de los curiosos preguntó si podrían servir como maleta; pero su mujer le prometió divorciarse si era capaz de llevar como maleta o maletín un zapato de aquellos. Malone fue el único perspicaz. Ofreció diez dólares por la partida y la obtuvo sin lucha ni oposición alguna, aunque sí

entre carcajadas que se oyeron en todo el Missouri. Pero Malone estaba acostumbrado a las risas, y, como él decía: «La risa es el homenaje que los idiotas rinden al genio.» Se llevó los zapatos, cortó las punteras, recortó la suela y ajustó de nuevo la parte superior de la puntera al resto del zapato. El resultado no tuvo nada de bello; pero sí era práctico, y Malone confiaba no tener que comprar calzado aunque llegase a vivir doscientos años. Sus estrafalarias botas le valieron el mote de «Boots» (botas), con el cual se sentía plenamente feliz.

Malone había trabajado como policía o guarda en diversos ferrocarriles, y de ellos pasó a servir a las órdenes de Ted Harley cuando éste fue elegido por la TACR sheriff de la recién fundada ciudad de Farish. No era un comisario audaz, pero tampoco el servicio exigía grandes audacias.

—En su lugar, jefe, yo elegiría trece ferroviarios, que en un santiamén declararían culpable a ese mejicano, Salgado, y hasta lo ahorcarían. Así se ahorraría usted la molestia de tirar del pestillo de la trampa.

—Y tú te librarías del trabajo de hacer levantar el patíbulo —replicó Harley.

—No cabe duda de la culpabilidad de Tobías Salgado, jefe.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé. El mató a Driscol, Lamoreaux y Fontanne; pero ellos le atacaron antes.

—¿Y qué, jefe? No nos metamos en tecnicismos. La Ley de aquí es más sencilla que la del Este. Salgado mató a tres hombres a tiros, sin darles muchas oportunidades de defenderse. Es mejicano. Sus víctimas eran hombres blancos del Norte…

—El es ciudadano americano, «Boots.»

El comisario arrugó el rostro en una gran mueca.

—El se considera mejicano. La primera noticia de que era yanqui se la dimos nosotros. Y no le alegró mucho.

Ted Harley sacó un librito de papel de fumar y lió un cigarrillo, que encendió con una maloliente cerilla sulfurosa.

—Es un ser humano y tiene derecho a que se le juzgue de acuerdo con la Ley. Tú luchaste por redimir a los negros, ¿no?

«Boots» Malone hizo un gesto de repugnancia.

—No, jefe, no. Yo luché porque en las elecciones voté por Abraham Lincoln.

—Es lo mismo. Votaste por Lincoln porque estabas de acuerdo con sus ideas, ¿no?

—No, jefe. Mi mujer era la que estaba de acuerdo con las ideas de Lincoln. Y por eso mismo me alisté. Porque ella me llevó a la oficina de reclutamiento para que acabase de una vez con todos los negros. Estaba convencida de que el Presidente quería expulsar de nuestra tierra a todos los negros.

—¿Qué dices? —rió el sheriff.

—Lo que oye. Mi mujer tenía las entendederas algo turbias. Murió sin acabar de comprender que acabar con la esclavitud no fuese lo mismo que acabar con los negros. Ella decía; «Señor, si yo quiero terminar con la suciedad, lo que hago es sacudir el polvo y barrerlo fuera de casa, ¿no? Si quiero acabar con la picazón de mí cabeza, no tengo más remedio que matar piojos y liendres. Para acabar con la esclavitud hay que acabar con los negros, que no sirven para otra cosa que para ser esclavos.» Y en esto no andaba mal encaminada la vieja, no. Porque, si no es para trabajar como esclavo, dígame: ¿para qué sirve un negro?

—Es un ser humano, «Boots.» Como tu y como yo.

—No, jefe, no. Eso, perdone que se lo diga, no es la verdad. Los negros nacieron negros para que trabajaran y se ensuciasen y, para que no se les notara demasiado la suciedad, Dios les dio una piel negra. A un blanco se le nota muy pronto si deja de lavarse. En cambio, los negros pueden olvidar impunemente eso que se llama higiene. Cuando Dios hizo distinciones en el color de la piel, por algo lo haría, ¿no?

—Es de suponer que sí; pero nunca dijo que los negros nacieran para ser tratados como animales. Sin embargo, ahora no hablamos de negros, sino de mejicanos.

—El café con leche no es ni leche ni café.

—Hay muchos que lo consideran mejor que la leche y el café por separado.

—A mí me gusta el café negro y la leche blanca: pero, a lo que iba, si usted no reúne un jurado que condene a Tobías, con ello no ayudará al asesino, porque si los ferroviarios se huelen que va a haber perdón o poca pena, lo que harán será lincharlo antes o después del juicio. Elija cualquier jurado, porque el resultado será el mismo.

Ted Harley movió la cabeza y se pasó una mano por la frente.

—¡No me gustan las injusticias!

Cogió un papel y releyó la larga lista de nombres escrita en él.

—Se puede escoger cualquier jurado... malo... —musitó—. Pero yo quiero que sea bueno. El mejor que pueda hallarse.

—No se preocupe, hombre, no se preocupe.

—Elegiré seis mejicanos, seis ferroviarios y una persona decente.

—Se va a encontrar muy sola —suspiró «Boots» Malone.

Harley inclinóse sobre la lista de nombres y estudió de nuevo la elección de posibles candidatos al molesto cargo de jurado para el juicio que se debía celebrar al día siguiente. Cada nombre seleccionado era señalado con una cruz y, por fin, tras media hora de pesar los pros y los contras, de desechar alguno de los ya elegidos y decidirse de nuevo por alguno desechado, Harley tuvo la lista completa. Lanzando un suspiro de alivio abrió un cajón de su «buró» último modelo, regalo de la TACR, y sacó unas cuantas citaciones impresas, en cuyos espacios en blanco escribió con su grande, limpia y clara letra, el nombre del jurado y la fecha en que debía presentarse a cumplir con su cívica obligación. Al terminar tiró la lista a la papelera y reuniendo todas las citaciones se disponía a entregarlas a «Boots» cuando, por la ventana, vio pasar a César de Echagüe y Acevedo que paseaba con expresión muy aburrida por la calle Mayor.

—¡Eh, muchacho! —llamó. Y como César no se diera por aludido, el «sheriff» rectificó—: ¡Eh, Echagüe!

El joven se volvió hacia la oficina del «sheriff» y cuando éste le hizo seña de que se acercase, obedeció sin ningún entusiasmo.

—Perdona que te llame —dijo Harley.

—¿Habla «usted» conmigo, señor? —preguntó el hijo de don César, remarcando impertinentemente el «usted.»

Harley comprendió. Su fatigada expresión se hizo resignada.

—Hablo con usted, señor —dijo—. Y le llamé para pedirle un pequeño favor. Aquí tengo una citación dirigida a su padre. ¿Podría usted entregársela?

César miró suspicazmente el papel que le tendía Harley. Al fin, lo tomó y, sin pedir autorización para ello, desdobló la citación y se puso a leerla con gran interés. Harley, entretanto, llamó a «Boots» y dándole las restantes citaciones indicó:

—Repártelas lo antes posible. Conviene que cada una esté entregada personalmente antes del mediodía.

—¡Hum!... —gruñó «Boots»—. ¡Cuántas prisas!

Cogió las citaciones y salió con ellas, montando a caballo y alejándose hacia el centro del pueblo. César, que observó de reojo lo ocurrido, movió y rascó su cabeza, frunció el entrecejo y, al fin, anunció:

—Pues, la verdad, señor «sheriff,» casi me gustaría más que entregara usted personalmente esto a mi padre.

—¿Lo considera una tarea superior a sus fuerzas?

—No, señor. Pero a mi padre no le va a alegrar que usted lo haya elegido jurado del Tribunal que ha de juzgar a un amigo suyo y, por lo tanto, si yo le entrego la citación me dirá todo lo que no se atreverá a decirle a usted. ¿Lo comprende?

—No. Sólo comprendo que a usted le fastidia complacerme.

—Entonces lo ha comprendido todo —replicó el muchacho, sonriendo sólo con la nariz—. Si en algo más puedo serle útil...

—Dudo que deseara «usted» serme útil en algo.

—¿Quién sabe? ¿Descubrió ya al asesino del señor Gulic?

—El señor Gulic no fue asesinado. Sufrió un accidente.

—¡Ah! ¡Es cierto! Una locomotora se paseó por encima de su abundante personalidad. Pero, mirando así las cosas, creo que no hay razón para procesar al pobre Salgado. Al fin y al cabo, él sólo metió unos plomos en la anatomía de tres caballeros, sin pensar que dichos caballeros podían indigestarse y morir por falta de tolerancia plomiza.

—Supongo que pretende ser gracioso, ¿no? —preguntó Harley.

César lucho durante cinco segundos por contener un bostezo que, al fin, le venció arrolladoramente.

—¿Qué decía? —preguntó al terminar—. ¡Ah, sí! Me preguntaba acerca de mi deseo de ser gracioso. ¡No! Mi padre me ha enseñado que el gracioso es esclavo de los que desean reír. Los grandes hombres han hecho llorar, nunca han hecho reír. Y si alguien se ha reído de ellos no ha tardado en arrepentirse amargamente.

—Quizá tenga usted razón. Y como su tiempo debe de ser precioso, no le molesto más. Que usted lo pase bien.

—Muchas gracias. Es usted muy amable. Estoy seguro de que mi padre le recibirá cordialmente. Es un hombre encantador, según dicen. Adiós. Si puedo serle útil en algo...

—En nada.

César se encogió de hombros como si le entristeciera la brusca respuesta del «sheriff,» y luego, sin prisa aparente, se alejó, o torció por un callejón y llegó, al fin: a la trasera de la oficina del «sheriff.» El lugar era solitario, pues toda la vida de Farish City concentrábase en las calles principales. Seguro de que nadie le veía, César saltó el bajo muro de adobes, entrando en el patio. De unas cuerdas colgaban, para secarse, unas camisas del «sheriff» y de «Boots.» También colgaba» calzoncillos de percal muy descolorido, una colección de calcetines cuyas punteras y talones habían sido reparados con más solidez que buen gusto, ya que al aplicar las nuevas piezas no se tuvo en cuenta ninguna similitud en el color. Un par de calcetines rojos lucían remiendos azules, negros y verdes. Unos calzoncillos azules mostraban en su parte más usada un enorme remiendo rosado. Por último, un par de pantalones «Levi's,» descoloridos por el uso, por el sol y por el lavado con jabones excesivamente cáusticos, se columpiaban de la misma cuerda de que colgaban los calcetines.

El patio estaba ocupado, además, por una colección de trastos inservibles, que habían sobrado al construirse la casa-oficina del «sheriff.»

El joven cruzó el patio, evitando algunas botellas vacías que estaban donde cayeron al ser tiradas desde la puerta trasera.

Poco bueno debía de haber en la oficina, cuando la puerta estaba sólo asegurada por un picaporte de hierro, que César levantó con un

trozo de fleje de acero que pasó por la juntura de la puerta y el quicio. Dentro de la oficina no se escuchaba otro ruido que el eco de la circulación de la calle. La distribución de las habitaciones era muy sencilla. Sólo una de ellas, sin duda el armero y archivo, tenía una puerta sólida y cerrada. Las otras estaban abiertas y vacías, exceptuando unas perchas, unas cajas vacías que debían servir de sillas y mesas, unas lámparas de latón, de ahumada chimenea, un par de toallas que en un tiempo debieron de ser blancas y en cuya superficie se veían las rayas dejadas por el paso de los dedos mal lavados. Había también un mango de hacha, al que lo faltaba el hierro; una lata de petróleo, tapada con un embudo de hojalata, y en la habitación principal, que daba a la calle, el cerrado «buró» del «sheriff»; unas cuantas sillas, una escupidera que, rebosante de colillas, daba un característico y nada grato olor a la habitación, y junto al «buró,» la papelera.

Esta era la meta de César, aunque para llegar a ella tenía que exponerse a que le vieran desde la calle por la ventana. Era un riesgo que no podía evitar, y por ello, decidió correrlo sin perder un instante.

En un par de largas zancadas llegó a la papelera y sacó de ella la lista que había tirado el «sheriff,» luego, en otras dos zancadas, regresó al punto de partida, y sentándose en uno de los vacíos cajones, sacó un cuaderno y con lápiz copió en él los nombres marcados por el «sheriff.»

Lo hizo rápidamente, pero no antes de que llegar a sus oídos el ludir de los goznes de la puerta principal de la oficina.

Fue un sonido cauteloso, lento, distinto al que se hubiera escuchado de ser el «sheriff» o su comisario el que hubiese entrado.

César quedó con el lápiz en alto, mientras un prolongado escalofrío corría por sus venas. Automáticamente, su cerebro formuló esta pregunta; «¿Qué haría mi padre en un caso así?» César no supo encontrar la respuesta que resolviera su problema; pero sí se dijo que su padre no permanecería inactivo. Por lo menos intentaría terminar lo que había empezado, y era causa de su visita a aquella casa. Por ello, acabó de copiar el último nombre de la lista, guardó el cuaderno y el lápiz, y cogiendo la lista la metió en el bolsillo, arrugándola de nuevo, ahogando así el crujido del papel.

Hecho esto se le planteó el problema de la fuga. Podía intentarla sin ser visto por quien se encontraba en la oficina. Pero no le gustó la idea de cruzar la otra estancia, abrir la puerta, cerrarla con más o

menos ruido, cruzar el patio y saltar de nuevo el muro, siempre a riesgo de recibir un balazo.

Desde donde estaba seguía oyendo crujir las tablas del suelo. Luego oyó el roce de la papelera al ser movida. Alguien buscaba lo mismo que él había ido a buscar.

El visitante lanzó un gruñido de disgusto y en seguida César le oyó decir con voz ronca:

—No está en la papelera.

Otra voz replicó algo que César no pudo percibir, pero que interpretó como una orden de buscar hasta que apareciese la lista, pues a los pocos momentos oyó cómo el otro trataba de abrir la puerta del armero y archivo.

César sentía el corazón atascado en su garganta, como si fuera un enorme tapón incrustado allí. Al mismo tiempo sintió que se le congelaban las palmas de las manos.

Los pasos del otro se apartaron de la puerta del armero y César notó el movimiento de las tablas del entarimado a medida que el desconocido se acercaba a la puerta que unía la sala principal de la oficina con la habitación donde estaba la puerta del patio.

Miró a su alrededor, aunque sabía que era inútil buscar un escondite. Sólo vio los cajones, la lámpara, una de las toallas, la percha y el astillado mango del hacha, que, a juzgar por las virutas que había por el suelo, estaba en vías de reparación para ser usado de nuevo. El hierro del hacha no se veía por ninguna parte.

César había llevado la mano a la culata de su revólver; pero el mango del hacha le pareció un arma más eficaz, por lo silenciosa, que el revólver, que, si podía terminar con un enemigo, no dejaría, en cambio de atraer a otro.

Los pasos se habían detenido en el centro de la estancia contigua. César tuvo la impresión de que la mirada del hombre que estaba al otro lado atravesaba el delgado tabique de madera y le daba en la nuca. Con la mano derecha apretó el mango de madera y con la izquierda empuñó el revólver. Hubiera querido colocarse de forma que, al abrirse, la misma puerta le ocultara; pero se lo impidió el temor de que sus pasos sobre el entarimado le descubrieran de la misma forma que los del otro denunciaban todos sus movimientos.

—¡Dios mío, dame toda la fuerza que te sea posible: —pidió mentalmente el joven, levantando el mango del hacha y esperando que el otro se decidiera a abrir la puerta.

César sintió en las plantas de los pies la vibración de las tablas del suelo a medida que el hombre se acercaba a él.

—No debo precipitarme —se dijo—. Si descargase el golpe antes de que su cabeza estuviera debajo del palo cometería un error irreparable.

Pero en seguida pensó que si se retrasaba demasiado y daba al otro la oportunidad de verle, serviría de muy poco el derribarle sin sentido.

—¡Debí cubrirme el rostro!

Era demasiado tarde para hacerlo. El tirador ya estaba girando y los segundos transcurrían con una desesperante lentitud.

Una cara cubierta de áspera barba apareció debajo de un sombrero de alas muy anchas, sobre cuya aplastada copa descargó César toda la energía acumulada en su cuerpo, desde las puntas de los pies hasta las uñas. Fue un golpe terrible, que retumbó incluso en los dientes del joven. El mango se partió en dos pedazos, y el hombre, con los ojos en blanco, cayó como un fardo en brazos de César, que sólo pudo aminorar la caída, a pesar de lo cual el suelo se conmovió ligeramente.

Sin esperar más, y temiendo más que nunca la aparición del compañero del desconocido. César saltó por encima del cuerpo, llegó a la puerta, la abrió y la cerró de golpe tras él, decidiendo que si alguien le oía achacaría el ruido a la investigación del que había quedado tras él, en el suelo, con una legión de moscardones zumbando en sus oídos.

Casi sin aliento llegó al callejón, y por él, de nuevo a la calle principal. Aún guardaba en el bolsillo la arrugada lista de Harley y no estaba seguro de si le convenía deshacerse de ella o devolverla a la papelera por la entornada ventana de la oficina del «sheriff.» Si hacía esto, la lista podía caer en manos de quienes la habían ido a buscar; pero si no la devolvía y el «sheriff» notaba su falta, podía cambiar los jurados a última hora y anular así la posible acción que don César podía intentar.

Desde donde estaba vio una sombra junto a la oficina. Debía de tratarse del compañero del que estaba sin sentido dentro de la casa del «sheriff,» y cuya salida aguardaba con visible impaciencia.

Al joven le hubiera gustado ver de cerca a aquel hombre; pero verlo de cerca significaba tanto como ser visto por él y no deseaba que más tarde, al repasar los incidentes de la mañana, se pudieran atar cabos sueltos y que uno de esos cabos fuese él.

De pronto, el que esperaba junto a la puerta desapareció dentro de la casa, y César, que ya había trazado otro plan calculó que aquella oportunidad no volvería a presentársele, y conteniendo las ganas de echar a correr caminó hacia la casa del «sheriff» imaginándose la escena cuando el cómplice del que había entrado encontrara a éste con la cabeza abollada. Seguramente no tendría prisa por investigar más en busca de la lista.

Apenas llegó junco a la ventana, echó una ojeada al interior, al mismo tiempo que, asegurado de que nadie le veía, deslizaba la mano por la abertura y tiraba bajo la mesa la arrugada lista. Luego, como si se hubiera librado de un agobiador peso, siguió su camino.

CAPITULO II

LA COPIA Y EL ORIGINAL

César tuvo que ocultarse en el oscuro interior de un almacén de tejidos para que Harley al entrar en el hotel, no le viese. Luego, en cuanto el «sheriff» hubo desaparecido, César comenzó a. reflexionar sobre su mala suerte. A pesar de que Harley se había retrasado, sin duda hablando con alguien, no pudo llegar a tiempo de prevenir a su padre. Resignado, entró en el hotel y sentándose en un sillón de rojo peluche, junto a una amarillenta palmera plantada en un tiesto, de acuerdo con las exigencias de la moda en cuestión de hoteles, César alcanzó unos cuantos amarillentos periódicos que hablaban de las últimas derrotas confederadas, de cinco años antes, y sumióse en la contemplación de los ingenuos dibujos que adornaban los periódicos. Los soldados del Norte, juveniles y barbilampiños, barrían con angelical expresión a los barbudos, musculosos y diabólicos sudistas. Hasta los caballos que cargaban contra los confederados tenían expresión bondadosa, en tanto que los encabritados corceles del Sur enseñaban los dientes como fichas de dominó, bufando como tigres, consumidos por el mismo odio impotente que sus amos.

Entretanto, en su habitación, don César leía la citación del «sheriff» para que se presentara al día siguiente en el local donde iba a juzgarse

a Tobías Salgado.

—Supongo que no le gusta la idea, ¿verdad? —preguntó Harley.

—Ni pizca —respondió don César—. Siempre he evitado el actuar en esas tareas.

—Es un deber de todo ciudadano —observó Harley.

—Es una tontería —bostezó don César—. Es la confesión de que el estudiar Leyes no sirve de nada, puesto que a la hora de aplicarlas se requiere el auxilio de un Jurado formado por gentes que estudiaron o no estudiaron; pero que, desde luego, nada saben acerca de lo que dice o no dice el Código.

—El fiscal y el defensor explican sus puntos de vista acerca de la Ley y de cómo debe ser aplicada.

—Sí, ya sé. Un abogado emplea doce o quince años en estudiar y conseguir su título. Luego, se pretende que, en una hora, los trece miembros del Jurado aprendan lo que el defensor y el fiscal no supieron sino después de tan largos estudios.

—La Ley puede tener varias interpretaciones distintas y conviene que el acusado tenga los beneficios de un juicio imparcial. En este caso he reunido los jurados entre los que pueden favorecer al acusado y los que sin duda le harán víctima de sus antipatías. Quiero que el juicio sea honrado y que se haga justicia.

—Resultará difícil. Yo no me sentiré muy seguro si declaramos inocente a Salgado. Los ferroviarios parecen impacientes por colgarlo del extremo de una sólida cuerda.

—No tema. Yo mantendré la Ley, el orden y la seguridad de todos.

Don César le dirigió una irónica mirada.

—Me han dicho que sólo tiene un comisario. La guardia del ferrocarril es mucho más poderosa. Incluso usted pertenece, en realidad, al ferrocarril.

—Las conciencias no se compran, don César —replicó el «sheriff.»

—Creo que es más fácil comprar una mala conciencia que un buen caballo.

—La mía nunca se ha puesto en venta. Siempre he amado la Ley y

no cambiaré de opinión ni de sistema.

—Si se opone a los deseos del ferrocarril será barrido. Un ferrocarril pesa mucho.

—La Ley pesa más, don César.

El californiano sonrió incrédulamente.

—¿Dónde aprendió a ser «sheriff» y a respetar la Ley? —preguntó.

—En la escuela más dura que existe: en el Oeste. En los poblados mineros de California y de Arizona, en los pueblos ganaderos de Nuevo Méjico, en las ciudades de la Ruta de Tejas...

—O sea, que es la primera vez que pretende enfrentarse con una compañía formada por financieros. —Don César se echó a reír—. Será usted derrotado —dijo—. No es lo mismo salir a la calle a luchar contra un desesperado que tiene los sentidos embotados por el licor y que, por lo tanto, es enteramente humano, con todas las virtudes y todos los defectos del hombre, que luchar contra un consejo de administración, ninguno de cuyos miembros sabe manejar un revólver de seis tiros ni es capaz de galopar cuatro días cambiando caballos sin detenerse; ni toleraría un vasito del virulento «whisky» bebido en estas tierras. Esos hombres de negocios no necesitan salir a la calle a jugarse la vida. Prefieren jugarse el dinero sentados en torno a una mesa, fumando habanos y bebiendo «whisky» escocés con agua mineral. Toda su fuerza está en su cerebro. Acostumbrados a sumar y restar cifras, suman, restan y dividen vidas humanas. Son inhumanamente fríos y serenos. Son locomotoras que pueden aplastar cuanta oposición encuentran a su paso. Le aconsejo que siga sus órdenes o cambie de ambiente.

—¿Se da cuenta de lo que sucedería si yo me marchase de aquí? —preguntó Harley—. Si ustedes, los californianos, los que poseen tierras en esta región, se quedaran sin mi ayuda, serían expoliados implacablemente.

—Yo agradezco su ayuda y su interés, señor Harley; pero yo he vendido ya al ferrocarril aquellas de mis tierras que le eran necesarias. Yo no lucho contra gigantes.

—Ya veo que no hace honor a la raza —sonrió, duramente, Harley —. Creí que todos los hispanoamericanos eran un poco Quijotes.

—Para ser un buen Quijote hay que estar bien loco. Los cuerdos no

pueden serlo. Porque es menos peligroso atacar a un molino de viento creyendo que es un gigante, que atacar a un gigante pensando que sólo es un molino de viento. Si don Quijote hubiera cometido su error al revés, sus aventuras hubiesen durado mucho menos, porque el gigante no se habría conformado con sólo molerle las costillas. Yo sé dónde está el gigante.

—Por una vez un norteamericano, descendiente de ingleses, hará de Quijote.

—Puede que las futuras generaciones vengan a depositar flores en su tumba en memoria de su glorioso pero inútil sacrificio.

—No habré muerto en vano si con mi muerte se crea un ideal de honradez, nobleza y espíritu de sacrificio. ¿Sabe usted lo qué es eso?

—Sinónimos de ingenuidad, por no llamarlo de otra manera. La gente no agradece el sacrificio que se hace en su favor. Yo nunca he pensado con agradecimiento en los pollos que dieron su vida para que yo comiese con más apetito. El ser humano es desagradecido. Con el tiempo perdona el mal que se le ha hecho; pero nunca perdona a quienes le favorecen. Le fastidia tener que agradecer. A mí también me ocurre.

—A mí, no. Creo que todos tenemos una misión y debemos cumplirla.

—Yo creo que vinimos a vivir nuestra vida y que sólo un exceso de vanidad nos impulsa a meternos en las vidas ajenas. Dejemos que los demás se las compongan a su antojo, que vivan y mueran como les parezca mejor. Y en cuanto a usted, no pretenda detener huracanes con las palmas de sus manos. Túmbese, déjelos pasar y saldrá ganando.

Ted Harley se levantó. Sin hacer nada por disimular su desprecio, comentó:

—Temo no haber sabido elegir muy bien a los hombres sobre cuyas conciencias ha de pesar la decisión de, si Salgado debe vivir o morir.

—Si quiere escoger a otros… —ofreció don César, tendiendo el nombramiento que le había entregado Harley.

Este movió negativamente la cabeza.

—Añora ya está. Haga lo que mejor le parezca.

—¿Quién hará de juez en el tribunal? —preguntó don César—. ¿Algún ferroviario?

—No. El juez Brand.

—No le conozco.

—Nadie le conoce —replicó Harley— Es un hombre honrado.

—¡Extraño animal!—sonrió don César—. Adiós, «sheriff,» estoy seguro de que ha deseado usted honrarme.

—Desde luego —replicó Harley—. Adiós.

—Buena suerte. Y… cuídese mucho, «sheriff.» No cometa el error de ser demasiado legalista. Si ha elegido a otros californianos para compensar los efectos de la natural antipatía de los yanquis hacia Salgado, deshaga el error y elija un jurado hostil al reo.

—Eso sería condenarle a muerte.

—¿Y no ha pensado que si el jurado reconoce inocente a Tobías, los miembros del jurado acompañarán a Salgado en el linchamiento?

—Mientras yo use esta estrella —se golpeó el pecho, sobre el cual lucía el distintivo de «sheriff»— nadie se extralimitará. No habrá linchamientos ni salvajadas.

Don César se rascó suavemente la nuca, replicando.

—No me parece una estrella muy sólida. Póngase algo de acero encima de la camisa.

Pero Harley ya salía de la habitación y no se molestó en replicar al californiano, cerrando violentamente la puerta tras él.

Don César mantuvo la mirada fija en la puerta hasta que ésta volvió a abrirse para dejar paso a su hijo.

—Hola, papá —saludó el joven—. Ya sé que te han nombrado miembro del jurado que ha de juzgar a Tobías.

—Celebro tu buena información. ¿Lo publican los periódicos?

—¿En Farish City? —rió César— Sería curioso ver un periódico de menos de cinco años de edad. Los más modernos hablan de la batalla de Gettysburgh como de una noticia reciente.

—Pero tú me traes una noticia algo más moderna, ¿no?

César tendió a su padre la hoja del cuaderno en que había escrito los nombres de los miembros del jurado.

—¿Qué te parece? —preguntó—. No será difícil convencerlos de cómo deben actuar y de cuál debe ser su veredicto.

Luego explicó los medios de que se había valido para hacerse con aquella lista, y todo lo sucedido.

Don César sonrió cariñosamente a su hijo.

—En una ocasión o dos he influido oportunamente en un jurado —dijo—; pero en este caso no hace falta.

La decepción e incluso la irritación se pintaron en el rostro del joven.

—¿No te sirve? —preguntó,

Don César comprendió que había herido el orgullo de su hijo.

—Es que ha ocurrido algo inesperado, César —replicó—. Antes de saber quién era el juez, yo hubiera dado cualquier cosa por conocer a tiempo los nombres de los jurados; pero el juez Brand es la mejor garantía que existe para la salvación de Salgado.

—¿Brand? —César desorbitó los ojos—. ¿Hablas en serio? ¡Pero si es famoso en todo el Oeste por sus implacables sentencias!

—Claro. Le llaman «El Juez Horca.» Sólo sabe dictar dos sentencias: Muerte o Libertad. Yo le admiro profundamente.

—Es un hombre odioso y cruel.

—A pesar de todo eso, es admirable. Unos cuantos jueces de su calibre convertirían estas tierras en un oasis apacible.

—Condenará a muerte a Tobías Salgado.

—He oído contar de él que en una ocasión el jurado emitió veredicto de inculpabilidad y el juez «Horca» fingió no entender lo que decía el portavoz del jurado y dictó sentencia de muerte.

—Es verdad. Aquel sinvergüenza merecía la horca. Fue una sentencia completamente justa. Hubiera sida inmoral que le dejasen

libre.

—Entonces… ¿Opinas que la simple actuación del juez puede salvar a Salgado? Don César se acarició la mandíbula con las yemas de los dedos.

—¿Crees que Tobías es inocente? —preguntó.

—¿Inocente? Esta pregunta no se ajusta a la realidad del problema. Mató a tres hombres; pero creo que estaba justificado el que lo hiciera.

—No lo hizo en defensa propia, hijo mío. Le impulsó el deseo de venganza.

—Cualquiera, en su lugar, hubiese hecho lo mismo.

—Es más común la comisión de graves errores que el acertar en un problema. Si otro que no fueses tú me preguntara mi opinión acerca de lo que ha hecho Salgado, yo diría que cometió una estupidez.

—Si todo el mundo, cuando es atacado en sus derechos, reaccionara como lo hizo Salgado, los sinvergüenzas tendrían más cuidado antes de lanzarse a sus atropellos, papá.

—No quieras explicarme lo que aprendí hace años —sonrió don César, pasando una mano por el hombro de su hijo—. Tú sientes hervir dentro de ti la misma ansia de justicia que me empujó a mí a luchar por los demás, a corregir errores y subsanar injusticias.

—Por eso estás satisfecho de ser quien eres y de haber logrado lo que has conseguido.

Don César se encogió de hombros y entornó los ojos con una triste sonrisa.

—No creas que estoy representando un papel, César —replicó—. Me muestro ante ti tal como soy, te digo lo que siento y quizá no me creas, porque siempre que he dicho la verdad la gente ha creído que mentía.

—Es difícil saber cuándo dices la verdad. Y quienes creemos conocerte somos los más confundidos.

—Llevo muchos años luchando por corregir todo lo que está mal hecho. He castigado a muchos culpables y he evitado muchos males; pero la injusticia sigue existiendo en el mundo y en California. Mi

obra es una mota de polvo en el arenal de las tristes realidades. Si lo que yo he hecho se pone en el platillo de una balanza y en el otro se coloca todo lo que falta por hacer, nadie vería mi obra. Me siento tan ridículo y fracasado como aquel hombre que trataba de apagar con un vaso de agua el incendio de un pozo de petróleo. No, hijo mío, no. No estoy satisfecho de lo que he logrado, porque yo aspiraba a mucho más. Sólo cambiando la condición humana lograríamos que los; hombres fueran honrados. Creo que he perdido el tiempo y lo mejor de mi vida en un empeño estéril y descabellado.

César quiso replicar algo que tuviese fuerza contra los argumentos de su padre. Sin embargo, los argumentos que se le ocurrieron le parecieron faltos de vigor y de sentido.

—No me gusta pensar que los hombres son irremediablemente imperfectos —dijo—. Prefiero creer que se les puede ayudar.

—Así debes pensar, César; porque a tu edad es necesario tener ideales. Luego, cuando crezcas, perderás muchos de esos ideales y crearás otros, que a su vez morirán. Y cuando tengas sesenta o setenta años alcanzarás una visión más exacta de la vida. Y comprenderás que no somos buenos ni malos. Somos, todos, absolutamente todos, humanos. Y nada más. En apariencia, podemos ser unos mejores que otros. Como las esculturas. Las hay perfectas, llenas de belleza, de armonía, de delicadeza. Asombran, especialmente si las comparamos con otras menos perfectas, incluso si las comparamos con lo que era el modelo que inspiró al escultor; pero todas, buenas y malas, perfectas e imperfectas, son esencialmente iguales. Son piedra, y nada más. Parecen de carne y hueso, y son de mármol. Para ser perfectas les falta ser de carne, tener alma y cerebro, moverse. Y si fuese así. Si se lograse el milagro, sólo se hubiera conseguido hacerlas humanas. O sea que su perfección sería el principia de una imperfección.

—Entonces, ¿por qué sigues luchando, si crees que de nada te sirve?

—Creo que lo hago por diversión. Porque la vida le resultaría muy aburrida a don César de Echagüe si sólo pudiese ser don César de Echagüe. El «Coyote» es mi posibilidad de huir de lo vulgar. Y para el «Coyote» don César es la posibilidad de huir de la genialidad y de todas las fatigas y molestias que ella ocasiona.

César miraba, como asustado, a su padre. Era la primera vez que oía en labios del «Coyote» aquellas opiniones que antes se había acostumbrado a oír en labios de don César, y que por ello nunca

consideró que obedeciesen a una realidad.

—Me siento como si don Quijote me dijera que la caballería andante era una estupidez —murmuró.

Padre e hijo callaron un momento. Luego, el muchacho siguió:

—Creo que tienes razón. Y, sin embargo, prefiero creer que dices eso en un momento de depresión y abatimiento.

Don César miró cariñosamente a su hijo.

—Siéntate —dijo—. Hablaremos un poco, como dos buenos y viejos amigos. Hace muchos años, cuando volví de Cuba [1], desembarqué en el puerto de San Pedro. Entonces San Pedro era una playa abierta, sin ninguna de las comodidades de hoy. Recuerdo que vine en el «Santa Inés.» En la playa... ¡Cuánto tiempo parece haber pasado desde entonces! Allí estaban mi padre, mi hermana, el padre de Lupe y tu madre, ¡Qué hermosa era! Creo que, mientras fui del barco a la playa, no vi otra cosa que sus ojos. Por primera vez pensé en matar al «Coyote.» En dedicarme enteramente a ella, a hacerla feliz y a serlo yo, también. Pero me había acostumbrado a ocultar mi corazón y mi valor tras la máscara de don César de Echagüe, el lechuguino, el apático, el indiferente. Y antes de darme cuenta de lo que hacía, representé frente a mi familia mi papel de hombre casi afeminado. Al momento vi que había perdido a Leonor. Ella no podría casarse con un hombre como yo. Y a la primera oportunidad que se me presentó reanudé mi doble vida, mi doble identidad, y así conquisté a tu madre.

Con la mirada perdida en un punto vago, don César encendió un cigarro. Luego sus ojos siguieron los círculos de humo, cual si en ellos encontrase reflejadas las imágenes de las escenas del pasado que iba reviviendo.

—Después de una grave herida estuve bastante tiempo sin actuar. La gente decía que el «Coyote» había muerto. Tu madre no quería que el «Coyote» resucitara; pero un día fue preciso que volviera a la palestra. Y hasta que supe que tú ibas a nacer, seguí siendo el que deseaba ser. Cuando murió tu madre perdí la ilusión de preocuparme de los problemas ajenos. Cuando yo sufrí, nadie acudió en mi consuelo. Sólo Lupe estuvo a mi lado. Los demás me enviaron su más sentido pésame y siguieron viviendo sin preocuparse de mi dolor. Furioso contra el egoísmo de los hombres, decidí matar al «Coyote.» Te dejé en manos de Lupe y viajé. Conocí el resto del mundo y corrí algunas aventuras que nadie conoce aún; pero esta tierra y tú tirabais

de mí. Regresé y ya no pude dejar de seguir siendo el «Coyote.» Cuando las aventuras y los peligros no me salían al paso, los buscaba yo. Siempre esperando que el miedo impusiera respeto a la Ley y a los derechos de los débiles. Ha sido todo inútil. Como si hubiera querido abrir un surco fijo en el mar. Al cabo de los años estamos como ayer. Como si nunca hubiese existido el «Coyote.»

—¿Quieres abandonar la lucha?

—Eso debiera hacer si tuviese un poco de sentido común; pero estoy rematadamente loco. Y... seguiré.

César sonrió orgullosamente.

— ¡Así me gusta!—Lanzó un suspiro—. ¡Temí que te hubieras dado por vencido! Además, me molestaría que se hablase de ti como de un hombre que, al fin, se dio por vencido. Los idealistas nunca nos rendimos, ¿verdad?

—No —rió don César—. Resistimos hasta el último momento, frente a los fusiles, al pie de la horca, con la cabeza bajo el hacha del verdugo, atados sobre una montaña de leña seca. A la hora de terminar con un idealista nunca ha faltado una buena masa de entusíastas espectadores. Fue más fácil reunir público para condenar a Jesús que para terminar con Nerón.

—Quieres apagar mi deseo de ser como tú, ¿no? —preguntó César —. ¿Por qué lo haces? ¿Es que no te halaga la idea de que yo siga cu propio camino?

—¿No me halaga —sonrió don César a través de la nube de humo de su cigarro—. Conocí a un escritor, y, al preguntarle si deseaba que su hijo siguiese su carrera, me contestó que no. Que no conocía otra más mala. Un médico me dijo lo mismo. No deseaba que su hijo siguiera su mal ejemplo. Y a mí me ocurre lo mismo contigo. No deseo que sigas mis pasos. He hecho lo posible por evitarlo; pero tú te sientes obligado a ser como yo.

—Quiero ser digno de ti. ¿Salvarás a Salgado?

—Procuraré hacerlo; pero no como tú esperas. Covarrubias lo defenderá.

César frunció el ceño.

—Pero, ¿de veras no obligarás al jurado a que dicte sentencia...?

—No, hijo mío, no. Siempre que puedo actúo legalmente. —Don César se había levantado y estaba junto a la ventana—. ¿Cómo era el tipo a quien dejaste sin sentido? —preguntó, sin mirar a su hijo.

—No me fijé mucho —replicó César, cuando se repuso del asombro que le produjo el brusco cambio de tema de conversación—. Era recio, iba sin afeitar; pero no pensé en fijarme en más detalles...

—Por ahí ya alguien que, a juzgar por como anda y por como se acaricia la cabeza, debe ser el mismo contra quien descargaste el golpe.

César se acercó a la ventana y frente al hotel, vio pasar a un hombre, al que reconoció en seguida.

—¡Sí, es él! —exclamó—. ¡Menos mal! Temí haberle roto la cabeza.

—De todos los males, ese hubiera sido el menor. ¿Sabes a quien dejaste sin sentido?

—No sé... ¿Es alguien importante?

—Peligroso, nada más. Jim McKenna, un bandido que hace tiempo vive oculto en las sierras, de donde sólo baja cuando se aburre y necesita animarse un poco.

—¿No lo persiguen?

—No. Nadie se ha atrevido nunca a subir a su fortaleza. Tiene varios escondites en la sierra y desde ellos hace incursiones en poblados y carreteras. Asalta algún que otro Banco, y hasta dicen que ha raptado a más de una muchacha. Las mujeres son su debilidad. Morirá por culpa de alguna de ellas.

—¿Todos los hombres fuertes tienen una debilidad?

—Todos. No se salva ni uno. Pero, ¿estás seguro deque no te vio?

—Estoy seguro de que sólo vio estrellas y luces. Le pegué con toda mi alma. A no ser por el sombrero, seguramente lo hubiese matado.

—Repito que es una lástima, que no lo consiguieras.

Don César pasó nuevamente el brazo por el hombro de su hijo.

—Una buena norma para todo el mundo que, como tú, desea seguir el mal camino, consiste en procurar que todos sus enemigos estén

separados de él por un par de metros de tierra y una losa sepulcral. Los mejores enemigos son los que están muertos. ¡Ojalá no haya tenido tiempo de reconocerte!

CAPITULO III

LA MEMORIA DE JIM MCKENNA

Shane Bowee examinó el chichón que lucía Me-Kenna en la cabeza.

—¡Vaya golpe! —exclamó—. Se necesita una cabezota muy dura para conservarla intacta después del garrotazo. ¿Quién te lo pegó?

—¿Cree que tuve tiempo de fijarme en quién me sacudía? —gruñó McKenna—, Se ve que a usted nunca le han pegado tan fuerte. Entonces sabría que al recibir un golpe así uno sólo piensa en encogerse lo más posible, en cerrar los ojos y en bajar el cerebro a los pies y dejarlo allí bien quieto.

—¿Viste si iba enmascarado? —siguió inquiriendo Bowee.

—No creo que fuese el «Coyote» —dijo Eric Mac-Graw—. De ser así, él le hubiese matado.

—Yo creo que hizo lo posible por matarme.—refunfuñó McKenna, acariciándose otra vez la cabeza.

—Lo importante es que encontrasteis la lista —dijo Shane Bowee—. Tú te encargarás de convencer al jurado, McKenna.

Este volvió a acariciarse la cabeza.

—Están surgiendo inesperadas dificultades —dijo— Creo que habrá que aumentar la tarifa.

Bowee dijo que no con un movimiento.

—Las condiciones siguen siendo las mismas. El apoyo de la Compañía, un sueldo importante mientras duren los trabajos de convicción, y, luego, un indulto total y el cargo de inspector de la vía.

—Bien —replicó McKenna, disimulando su disgusto—. Siempre es mejor un empleo seguro, aunque sea mal pagado, que servir hoy a

quien mañana nos olvidará, como no sea para perseguirnos.

—Nuestra amistad durará tanto como el ferrocarril —dijo Shane Bowee, mostrando su fuerte dentadura—. La Ley nos abrirá camino a través de Valle Lorenzo, y lo que no pueda hacer la Ley lo harás tú, McKenna.

Este sonrió suspicazmente.

—¿No existen peligros? —preguntó.

—A juzgar por la cantidad de gente que muere atropellada, no existe nada más peligroso que cruzar una calle. Sin embargo, la gente sigue cruzando calles sin que por ello se considere heroica. —Esto es salirse por la tangente, señor Bowee —replicó McKenna—. Quiero saber a lo que me expongo. Y quiero saber por qué no aceptó Carey el mismo empleo.

—Pregúntaselo a él —contestó Shane—. Yo sólo sé que no lo aceptó.

—Debió de dar alguna explicación.

—Desde luego; pero, ¿qué valen las explicaciones? Es más fácil decir que se es valiente que demostrarlo.

McKenna movió negativamente la cabeza.

—No lo veo claro —dijo—. A Lin Carey no se le puede acusar de cobardía sin mentir.

—El tiene sus ideas respecto a las cosas —se apresuró a contestar Bowee—. Creo que no le gustó nuestro proyecto de meter el ferrocarril por Valle Lorenzo. Su familia tuvo tierras allí.

McKenna movió afirmativamente la cabeza.

—Esto ya me parece más claro —dijo—. Lin tiene escrúpulos y, en el fondo, siempre ha sido un campesino. Estoy seguro de que luchará contra el Ferrocarril.

Tratando de disimular sus verdaderos sentimientos, siguió:

—El y yo somos amigos, y está mal que lo diga; pero creo que resultará peligroso.

—Tiene una banda importante —comentó Bowee, que se daba

cuenta de las intenciones del otro.

—¡Bah! Mejicanos y mestizos. Nada que valga la pena.

—No me gustaría que cuando iniciemos el tendido a través de la sierra, esa banda se colocará frente a nosotros —replico Bowee.

McKenna pensó que había sido muy hábil llevando la conversación al punto a que a él le convenía que llegase.

Pero Shane Bowee y Eric MacGraw cambiaron una rápida mirada de inteligencia, porque las cosas estaban en el lugar que ellos deseaban.

—Ninguna banda vale nada si pierde a su jefe.—observó McKenna —. La cabeza lo es todo. A Lin le podría ocurrir un accidente. Cómo al señor Gulic.

—Creo que vamos a tener dificultades con el sheriff —dijo MacGraw.

—Nos equivocamos al elegirlo —admitió Bowee.

—Si le ocurriese algo tendríamos que elegir a otro, menos amigo de Lin Carey —murmuró MacGraw.

—De ustedes depende que le ocurra algo —dijo MeKenna—. Son los amos.

—Pero a la gente la desmoralizaría que nosotros quitásemos de en medio a nuestros propios servidores —observó, pensativo, Bowee.

Examinó la lista de jurados.

—Indudablemente, alguien la copió antes de que tu la encontrases, Eric.

Tabaleó con los dedos sobre la mesa, mientras por su rostro se extendía una calculadora y astuta expresión.

—Convendría convencer a esos jurados —dijo.

—Los convenceremos —contestó McKenna—. Fallarán contra el mejicano.

Bowee movió negativamente la cabeza.

—Al contrario —dijo—. Quiero que dicten veredicto de no culpabilidad.

—¿En? —protestó MacGraw—. Eso no fue lo convenido.

—Ya lo sé. Pero es lo mejor. Cuando el jurado diga que Tobías Salgado no es culpable, habremos ganado un triunfo.

—La gente se enfurecerá —observó MacGraw.

—¿Contra quién? —preguntó, burlón, Bowee.

—Pues… contra el jurado —dijo McKenna.

—Quizá —replicó Bowee—; pero como no es lógico ni probable que se linche a todo el jurado, no costará mucho desviar la ira de los ferroviarios contra la persona que eligió a ese jurado.

—No está mal —rió, guturalmente, McKenna—. No está mal. Eso justificará un atentado.

—Varios atentados se justificarán plenamente —rió MacGraw.

—Por lo que pudiera ser, y suponiendo que la persona que copió la lista no haya tenido tiempo de avisar a los interesados, McKenna puede tomarse el trabajo de ir a convencer a cada uno de los jurados de que debe dictar veredicto de inocencia. ¿Eh?

—Bueno —sonrió McKenna—. Y como es de suponer que alguien irá esta noche a hacer las mismas visitas, situaré a mis hombres en lugares estratégicos Pero hasta la noche tenemos tiempo. Muerto Harley. ¿quién ocupará su puesto?

Bowee se encogió de hombros.

—No sé —dijo—. Ya veremos.

—Habría que verlo antes —insistió McKenna—. Porque a lo peor el que sustituye a Harley es más peligroso.

—No será peligroso —dijo Bowee—. Yo me encargaré de ello. Tenemos un capataz que puede desempeñar el cargo de sheriff. Creo que lo hará bien, pues ha conocido a muchos sheriffs y siempre fue más listo que ellos. McKenna movió la cabeza, murmurando, luego: —Que no vaya a resultar demasiado listo. —Desde luego que no —prometió Bowee—. Prepara a tu gente para el trabajo.

McKenna asintió con un lento cabezazo, luego su levantó y, saludando con la mano, salió de la oficina central de la TACR.

Cuando hubo salido, MacGraw preguntó a Bowee:

—¿Te fías de él?

—No. Es un sinvergüenza de la peor clase; pero de momento los sinvergüenzas nos resultan útiles.

Bowee sonrió con toda su blanca y fuerte dentadura.

—Estamos en plena construcción, y cuando uno construye un edificio, no debe importarle mancharse de cal o de barro. Luego, cuando la casa está construida, ha llegado el momento de limpiarse las manchas, lavarse las manos, perfumarse y echar lo más lejos posible a quienes nos ayudaron en los trabajos sucios, Es una ley muy vieja y muy inmutable. Siempre han hecho falta gentes sin escrúpulos. Inglaterra, mientras le fueron necesarios, tuvo piratas que hacían la guerra mientras ella disfrutaba de la paz. Luego, cuando los piratas la molestaron, terminó con ellos, ahorcándolos y olvidándose de lo mucho que les debía.

—Ya veo a McKenna balanceándose al extremo de una cuerda —sonrió MacGraw.

—Yo también le veo así; pero no en seguida. A su debido tiempo. Lo peor es tomar decisiones precipitadas. Ahora estamos en la época en que es conveniente quitarse los trajes blancos y ponerse otros más viejos, más sucios, de acuerdo con el trabajo que se va a hacer.

—¿Y Farish? —preguntó MacGraw—. Me extraña que haya aceptado tan fácilmente la situación. Se le ha quitado el mando de la Compañía. Y casi ni ha protestado.

—Se habrá convencido de que somos más fuertes —dijo Bowee, disimulando su inquietud.

—Trace Farish no ha sido nunca hombre que se dejara vencer sin luchar. Si hubiese puesto más resistencia me hubiera inquietado mucho menos. Lo que me preocupa es su aparente indiferencia. Ese hombre lo cifraba todo en su ferrocarril. Era su juguete predilecto. Sin embargo, se lo ha dejado arrebatar con tanta facilidad…

—Es que para luchar hacen falta armas. Y él no tiene ninguna. ¿Cómo iba a oponerse a nuestros deseos?

—Es un luchador, señor Bowee. No lo olvide. Ese silencio suyo me recuerda al del cazador apostado en espera de que la pieza pase cerca de él. Si se considerase vencido hubiera chillado, como se hace cuando se pierde la pieza.

—No puede hacer nada y es demasiado orgulloso para proclamarlo.

MacGraw movió la cabeza en gesto de duda.

—No se confíe, Shane. Farish es un viejo guerrero, que sabe cómo ha de pelear. Conoce nuestras fuerzas y no dará un paso en falso que nos pueda poner sobre aviso. Cada golpe que dé será eficaz e irreparable. No perderá el tiempo en fintas. Se lanzará a fondo y hará daño.

—Su hijo está con nosotros, Eric. Farish no querrá perjudicar a su propio hijo.

—Ya lo sé; pero usted ya sabe cómo se lucha en la guerra, cuando se bombardea un puente por el cual huye el enemigo. No conviene destruir el puente, porque es necesario conservarlo casi intacto, a fin de cruzar por él en persecución de los que huyen. No se disparan balas sólidas, sino granadas que estallen en fragmentos y metralla. Que maten o hieran sin destruir demasiado. Y a veces el fuego se concentra en las dos cabezas del puente. El viejo afinará la puntería para herirnos a nosotros sin herir a su hijo ni al ferrocarril.

—Puede que tengas razón, Eric; pero de momento marchamos sobre seguro. El viejo no puede hacer nada. Ni siquiera escapar de su ciudad. Está materialmente prisionero en su propia cárcel. Y en cuanto a Wilcox, también lo tenemos seguro.

—Wilcox es menos enérgico. Y sólo tiene una hija.

—Olvídate de esto. De momento las ventajas están de nuestra parte. Las aprovecharemos hasta el final. Harley se ha puesto difícil y será eliminado. BUCK Vinson ocupará su puesto y no habrá más trabas. En cuanto Salgado cuelgue de un árbol o de la horca, y el sheriff sea enterrado oon todos los honores, tendremos el camino libre. Lin Carey cargará con las culpas del asesinato de Harley.

—¿Crees que eso es conveniente? Lin Carey era el contrapeso de Jim McKenna. A Jim le interesa que se elimine a Carey, porque así él se hará con su banda, y entonces impondrá las condiciones que le convengan.

—Es un peligro inevitable. Lo que sí se puede evitar es que Lin se convierta en un enemigo inmediato que estorbe la actuación de McKenna. Los inconvenientes del mayor poder de McKenna se evitarán luego, a su debido tiempo.

MacGraw movió afirmativamente la cabeza.

—Me parece bien —dijo—; pero me preocupa el viejo Farish. Le conozco demasiado para creer que su inactividad obedece a impotencia.

Bowee se levantó. Alto, fuerte, con aspecto de animal bien cebado, se sentía seguro de sí mismo y contagiaba a los demás de su propia seguridad.

—Es la ley de la manada, Eric. Cuando el lobo jefe se vuelve viejo tiene que renunciar a su jefatura y marchar a vivir solitario en la montaña o en la llanura. O bien tiene que plantar cara al lobo que aspira a sustituirle. Entonces, si lucha y pierde, es devorado. Farish ha comprendido que le conviene más regresar a la vida tranquila de los viejos. Al fin y al cabo, tiene un buen puñado de acciones del ferrocarril, y cobrará un buen dividendo. Por lo demás, no me apura. Sus uñas se embotaron hace tiempo. Y sus colmillos y muelas son incapaces de roer ningún hueso.

MacGraw se dejó arrastrar por el entusiasmo y seguridad de Bowee.

—Eso es verdad —admitió—. El mismo coronel se fijó una meta; Farish City. Y no creo, tampoco, que pueda seguir adelante.

CAPITULO IV

COLMILLOS NUEVOS PARA UN LOBO VIEJO

Lin Carey estaba bebiendo en el bar del hotel cuando Agatha Farish se detuvo en el vestíbulo, junto a la puerta, dejando que su figura se reflejara en el espejo de encima de las estanterías repletas de botellas de licores. Su imagen permaneció allí unos momentos antes de que Lin Carey la descubriese. Al verla, antes de que ella pudiese desviar su mirada, comprendió que la joven deseaba hablar con él, y, tirando sobre el mostrador un billete, fue hacia la hija del coronel, sin aguardar a que le devolvieran el cambio.

—¿Cómo está usted, señorita Farish? —preguntó al llegar ante ella.

Agatha se turbó visiblemente.

—Deseaba verla de nuevo para repetir mi agradecimiento por su ayuda —siguió Carey, procurando librarla de su turbación.

—No tuvo importancia... —tartamudeó la joven—Creo que le avisé instintivamente, sin darme cuenta de lo que hacía.

Rozándole el brazo con las yemas de los dedos, Carey llevó a Agatha hasta uno de los redondos sofás de peluche, fuera del alcance de las miradas de los haraganes y curiosos del bar.

—Espero que no lamente haberme avisado— dijo.

—¡Eso no! —exclamó Agatha—. Me gustó que ayudase usted a aquel hombre.

—Sólo le ayudé a medias. Por mi intervención lo detuvieron.

—Sin ella lo hubiesen matado.

—Y sin la de usted el muerto hubiese sido yo. ¡Cuánto agradecimiento encadenado! Pero... a lo mejor usted me buscaba para pedirme algo. Si fuera así, tenga la seguridad de que, tal como dije, mi mayor placer sería corresponder a su ayuda.

—Mi padre desea hablar con usted.

—¿Su padre?

El rostro de Carey se nubló.

—¿Le disgusta? —preguntó, ansiosamente, Agatha.

—No. Me extraña; pero supongo que debe existir algún motivo importante para ello.

Agatha miraba, ansiosa, el rostro de Carey. Buscaba en él una explicación a su súbito endurecimiento.

—Yo odio el ferrocarril —dijo Carey.

—¿Y a los hombres que lo construyen? —preguntó Agatha.

—Creo en sus buenas intenciones y que no saben el daño que

producen. Para ellos es progreso y dinero. Para los míos ha sido muerte y ruina. Usted conoce mi profesión, si es que se puede llamar así a lo que yo hago.

No fue una pregunta. Era una afirmación. Agatha asintió. —Sí,

—Pero no conoce mi historia. —No.

—¿Le interesa?

—No sé…

—No es larga. Se puede condensar en pocas palabras. Mi familia vivía en Indiana, cerca de Cincinnati. Poseía unas tierras en el camino de Chicago. Cuando el ferrocarril «Chesapeake y Ohio» se extendió hacia allí nuestras tierras quedaron dentro de su camino. Nuestra casa iba a ser partida por la vía férrea. Unos hombres, delegados de la Compañía, visitaron a mi padre. Le dijeron que el Gobierno le obligaba a vender su granja al precio que él mismo fijase. Cada uno de aquellos hombres llevaba un saquito de cuero lleno de dólares de oro. ¿Cuánto quería mi padre? Pidió cinco mil dólares y se los dieron. Luego le invitaron a ira formalizar la escritura de venta. Salieron con él y ya no les volvimos a ver. A mi padre lo encontraron ahogado en una charca. Había estado bebiendo con los del ferrocarril. Se emborrachó. Al salir de la taberna los otros se quedaron y él se fue solo. ¿Cayó en la charca por accidente? ¿Fue empujado? Yo creo esto, porque el dinero de la venta no apareció. En cambio, a los pocos días se presentaron otros hombres que traían la escritura de venta a favor de la Compañía, firmada por mi padre. Nos echaron de la casa. Mi tío, el hermano de mi padre, quiso resistir. Lo apalearon hasta convertirlo en un inválido. Luego nos dieron una hora de tiempo para llevarnos los muebles, y antes de que terminásemos de sacarlos ya prendieron fuego a la casa, para no perder tiempo en derribarla. Antes de que nos marchásemos de Indiana ya estaban los raíles en nuestros campos y sobre las cenizas de nuestra casa. Nos dirigimos hacia el Oeste, instalándonos en Omaha. También llegó allí el ferrocarril. Esa vez fue el «Union Pacific.» Nuestras tierras estaban lejos de las vías, pero mi hermano, olvidando la muerte de nuestro padre, aceptó un empleo en el ferrocarril. Una noche tampoco volvió él. En una taberna pelearon dos hombres por cualquier cosa. Salieron a la calle a cambiar unos tiros. Dispararon doce sin causarse ningún daño; pero una de aquellas balas alcanzó a mi hermano y lo dejó muerto en plena calle mientras sus asesinos se reconciliaban y volvían a la taberna para celebrar que la víctima hubiera sido un cualquiera en vez de ser uno de ellos. Al terminar, incluso depositaron medio dólar cada uno en el sombrero

que pasaba un predicador para reunir lo necesario para el entierro de mi hermano. Mi madre no lloró. Limpió el cadáver de mi hermano. Lo vistió con su mejor traje, hizo que el barbero le rizase el cabello y lo perfumara. Luego, ella y yo acompañamos el cadáver hasta el desolado cementerio, junto a la vía férrea. Mi hermano fue enterrado entre un jugador tramposo que murió de una cuchillada y una bailarina que murió vomitando sangre. A su alrededor reposaban unos cuantos ferroviarios que murieron en un accidente, al volcar un vagón de carga. Eran tumbas que apenas levantaban unas pulgadas del suelo, porque el viento, que soplaba incesantemente, se iba llevando la tierra, alisando los montículos, matando cualquier planta que no fuera la hierba que alimentaba a los búfalos. Cuando volvimos a casa, mi madre dio de cenar a mi tío y me hizo acostar en seguida. Al día siguiente, ya no estaba en casa. Habían desaparecido ella y el revólver que fue de mi hermano. Tardé una semana en encontrar sus restos. ¡Y ojalá no los hubiese encontrado nunca! Los lobos y los buitres se me anticiparon. Sólo por su ropa y por el revólver pude identificarla. El revólver conservaba cinco cartuchos intactos y una cápsula vacía. Enterré a mi madre lo más cerca posible de mi hermano. Luego engrasé el revólver, lo limpié del óxido, cambié los cartuchos y, antes de venir a California, maté a los dos hombres que fueron causa de la tragedia. Más tarde supe que, no pudiendo dar conmigo, los ferroviarios mataron a mi tío. Alguien tenía que pagar mis culpas. No pensaron en que ellos habían sido los culpables. Era más cómodo acusar y castigar a un inocente.

Agatha, que había escuchado con la vista en el suelo la historia de Carey, murmuró, sin mirarle:

—Si no quiere hablar con mi padre, yo le explicaré a él los motivos.

—No es necesario. Sé que su padre es honrado. Y me gustaría saber para qué me necesita.

* * *

El coronel lo explicó brevemente. Paseando frente a Carey, que le seguía con escrutadora mirada, expuso sus deseos:

—Yo quería que mi ferrocarril fuese recibido en todas partes como un salvador, como un mensajero del progreso, del bienestar y de la fortuna. Pero los otros tenían ideas más concretas. Quieren que el ferrocarril signifique la muerte, la destrucción, la ruina y el odio. Quieren que los supervivientes recuerden los años anteriores a la llegada del TACR como los años buenos y felices. Y que al hablar del

ferrocarril lo hagan como si hablasen de una bestia cruel e implacable. Yo no he traído la vía férrea hasta aquí para crear un infierno.

—Pero usted sabía que las cosas iban a cambiar cuando el ferrocarril llegase a Valle Lorenzo.

—Pero no imaginé que el cambio fuera éste.

—¿Y qué desea de mí?

—¿Conoce la traición de que he sido víctima?

—Sí. Le han quitado las riendas. El caballo se desbocará mejor.

—Mi hijo es uno de los traidores. Está ciego. La ambición es una mala enfermedad.

—Muy contagiosa.

—Quiero salvar a mi hijo.

—¿Cómo?

—Usted tiene una banda, o un grupo de hombres que le obedecen.

Lin Carey asintió con la cabeza, agregando:

—Llámele banda, sin rodeos. No me ofende. He vivido como he podido.

Mirando a Agatha, prosiguió;

—Nunca tuve ninguna ilusión que me impulsara a cambiar de vida.

—Yo le pagaré bien su trabajo —dijo el coronel.

—Olvídelo. Le ayudaré muy a gusto, por ahora. Luego..., ya veremos. Quizá seamos enemigos.

—No —contestó el coronel, volviendo la espalda a Carey, para ocultarle su emoción—. Creo que siempre seremos amigos. Quiero que rapte o secuestre a mi hijo. Mientras esté entre ellos, no puedo atacarlos, porque Quincy les sirve de espada y de escudo a la vez. Es la coraza que los defiende de mis ataques. El es la pistola con que pueden herirme a mansalva.

—¿Qué piensa hacer contra ellos? —preguntó Carey.

Farish se volvió hacia él. Su rostro expresaba una infinita angustia.

—Destruiré mi propia obra, ya que ella se revuelve contra mí.

—¡No, papá! —exclamó Agatha—. ¡No digas eso!

—Déjame, yo sé lo que debo hacer —respondió el coronel—. Ese maldito escocés dijo que sabía más que yo de ferrocarriles —se echó a reír—. ¡Más que yo! ¡Idiota! Todas las suciedades y todas las trampas que ellos puedan inventar las tengo yo olvidadas de puro sabidas. ¿Le oíste, Agatha? No. No les oíste. Mientras pensaban una cosa enseñaban otra. ¿Abrir un túnel a través de la sierra? ¿Coronarla en zigs-zags? ¿Y luego? Gasto inmenso. Enterrar millones y millones. Pero ninguno mencionó la otra solución. La que descubrí en seguida. Paso del Agua. El cañón por dónde el río cruza la sierra. Bastaría tender un camino sostenido sobre los puntos sólidos laterales. Este es el camino pero ellos piensan en otra cosa. Una voladura, desviar el río, secar Valle San Lorenzo. Y sobre el curso del río tender la vía férrea.

—¡Sería un crimen! —exclamó Carey.

—Desde luego —respondió el coronel—. Antes de seis meses el lecho del río se habría tragado la vía férrea. Pero ellos son demasiado idiotas para comprenderlo. Les ciega la luz de su propia estupidez, Piensan que desviar el río es la solución sencilla. Y olvidan que para que semejante barbaridad tuviera eficacia deberían rellenar todo el cauce de troncos de árbol, de pilones de madera, para conseguir una base sólida sobre la cual echar la grava. Es más sencillo y económico construir un puente de varios kilómetros, con arcos de hierro que se sujetarían a los lados, en la roca viva. Y así no haría falta desviar el río; pero ellos piensan tonterías, y hasta que vean tres o cuatro locomotoras hundidas en las arenas movedizas, no se enterarán de que han cometido una estupidez.

—Pero usted quiere demasiado al ferrocarril para dejar que lo metan en esa trampa —dijo Carey.

Farish se encogió de hombros.

—No les diré lo que deben hacer —contestó.

—Pero no les dejará hacer lo que no deben. No piensa destruir. Sólo quiere evitar que construyan.

—No toleraré que me roben el honor de ser yo quien construya y termine el ferrocarril.

Carey se incorporó.

—Lo siento, coronel. No nos entenderíamos. Usted ama lo que yo odio. Secuestraré a su hijo en pago del favor que me hizo su hija. Dígame dónde quiere que lo lleve.

—No le he pedido otra cosa —dijo Farish.

—Pero yo sé que usted piensa en mí para realizar sus propósitos. Hacer ver que destruye; pero en realidad sólo quiere impedir que se destruya.

—Eso es cierto, papá —dijo Agatha—. Si quieres ayudas nobles debes portarte con nobleza y hablar claro.

El coronel golpeó con el puño cerrado la mesa junto a la cual se encontraba.

—¡No tengo que dar explicaciones a nadie!

—Grita usted demasiado cuando se halla en la situación del que mendiga un auxilio, coronel. ¿Dónde quiere que lleve a su hijo?

—Papá, debes portarte sensatamente —pidió Agatha—. Quincy corre peligro. ¿Dónde quieres que se oculte?

—En cualquier sitio —musitó el coronel, rindiéndose—. ¿Tiene usted dónde esconderlo, Carey?

—En la montaña tengo un poblado mío. Allí estará seguro.

—Pues llévelo allí, y gracias por su nobleza, Lin Carey. No lo olvidaré nunca.

—Sólo devuelvo el favor recibido, coronel. Estamos en paz.

—Yo le quedo acreedor, Carey. Y si cambia de opinión... El ferrocarril no es malo. Los malos son los hombres que lo construyen; pero luego los hombres mueren y el ferrocarril queda. Dentro de unos años la gente nos bendecirá.

—Dentro de unos años nadie pensará que hubo un tiempo en que no existió el ferrocarril —dijo Carey—. Pero no aliente la esperanza de que se acuerden de usted. La gente olvida lo malo y lo bueno y a veces confunde una cosa con otra.

—Si usted se siente amigo de los campesinos del valle, piense que

ayudándome les ayuda a ellos.

—Les ayudaré a mi manera, coronel, Y hasta es posible que le ayude a usted.

Agatha se acercó a Carey.

—Yo tengo confianza y fe en mi padre —dijo.

—Es natural y obligatorio —sonrió el proscrito.

—Mi confianza tiene una base sólida, señor Carey —replicó la joven—. Aunque fuese el peor de los hombres, yo le querría lo mismo; pero no tendría fe en él. Todos le han abandonado. Sólo yo permanezco a su lado. Pero yo no le puedo ayudar.

—Yo envidio la suerte de su padre, señorita —respondió Carey—. Una fidelidad como la de usted es el mejor de los premios. Daría cualquier cosa… ¡No! —rectificó— Cualquier cosa, no. Lo más valioso que yo poseyera lo daría a cambio de saber, de tener la seguridad de que en todo momento, en la fortuna y en el infortunio, conservaría a mi lado a una mujer como usted.

Agatha bajó la cabeza para ocultar los dos rosetones rojos que habían florecido en sus mejillas. Sólo levantó de nuevo la vista cuando su padre intervino:

—Está usted hablando de más, Carey.

—No, papá —dijo Agatha—. Ha querido halagarme y… lo ha conseguido. —Miró con ojos brillantes al hombre y, tendiéndole la mano, murmuró—: Gracias.

—Adiós —musitó Carey, que sentía dificultad en el respirar.—. Volveré a verla… si usted y su padre me lo permiten.

Salió de la habitación, dejando frente a frente al co ronel y a su hija.

—¿Te has enamorado de él, Agatha? —preguntó Trace Farish.

—Creo que sí, papá —musitó la joven.

—¿Crees? ¿No estás segura?

—No, papá, no estoy segura. De estarlo, le habría seguido.

—¿Desertando de mi lado? —preguntó, con tono de reproche, el coronel.

—Sí, papá. Creo que es la ley de la vida.

—Dirás la ley de los sentidos.

—No —Agatha también tenía dificultades para respirar—. Hay algo físico que me empuja hacia ese hombre. No sé si es la ley de los sentidos, como tu dices, o la ley de la especie, como dice un escritor cuyo nombre no recuerdo. Pero ese impulso me parece insuficiente. Necesito saber si hay algo más.

—Sería una locura. Ese hombre no es de tu clase. Está muy por debajo de tu nivel.

—Si realmente yo bajara al ir hacia él, le enseñaría a subir a nuestra altura. Y si él no quisiera o no pudiese, yo me amoldaría a su vida, a su nivel, a su insignificancia.

—Es un proscrito. Vive horas y días prestados. Morirá en cualquier rincón del bosque o en una taberna…

—Ya lo sé. Y no me importa. Pero no debes preocuparte. Ya te he dicho que aún no estoy segura de la firmeza de mis sentimientos hacia él.

—Eres como tu madre —suspiró el coronel—. ¡Ojalá tu hermano se pareciese más a ella!

—El no tiene la culpa de ser como es. No debió haber salido de la civilización. Tú le impulsaste a intervenir en negocios y en problemas para los cuales no estaba capacitado. Por inercia ha buscado el camino más fácil. Pero yo confío en que se salvará a sí mismo el día en que se dé cuenta de la verdad.

—No tengo fe en él; pero estás en lo cierto al decir que hice mal en sacarlo de su mediocridad. ¿Puedo confiar en ti? ¿En tu ayuda?

—Sí. ¿Qué quieres hacer?

—Volaré con dinamita un trozo de montaña cerca de Agua Dulce.

Agatha tuvo que esforzarse para disimular su asombro.

—¿Crees que es sensato? —preguntó.

—Sí. Tardarán un mes en dejar la vía libre. Hasta entonces no podrán hacer nada más.

—Si de veras crees que no es una locura, lo haremos.

CAPITULO V

UNA SORPRESA PARA DON CESAR

Jim McKenna hacía esfuerzos por recordar. No era fácil. Estaba seguro de que antes de recibir el golpe dentro de la oficina del «sheriff» había visto al hombre que se lo iba a pegar; pero en seguida se abatió sobre él una densa niebla que seguía ocultando las facciones de su agresor, pues aún no había conseguido disiparla. Lo único que recordaba era su sensación de sorpresa antes de caer sin sentido. No sorpresa por el ataque, sino por la personalidad del atacante.

Como en anteriores ocasiones, McKenna desistió de seguir intentando recordar lo que huía a sus esfuerzos. Ya recordaría cuando llegase el momento oportuno. Ahora tenía otras ocupaciones. Había repartido su banda en torno a los domicilios de los jurados elegidos por Harley. Esperaba los informes de su gente. Pero no confiaba recibir ninguno antes de la madrugada, pues hasta que se hiciese de día tenían que permanecer al acecho de un enmascarado.

A medianoche McKenna encaminóse hacia el hotel. Aquella parte de la tarea la realizaría personalmente. Cuando entró en el penumbroso vestíbulo, el vigilante nocturno levantó la cabeza, interrumpiendo su duermevela, y abrió mucho los ojos.

—Sigue durmiendo. —indicó McKenna—. Y olvida que has despertado.

—Sí, señor —respondió el vigilante, agregando—: ¿No sería preferible que me marchase?

—No vengo a cometer ningún asesinato ni robo —replicó McKenna —. Duerme tranquilamente.

El vigilante obedeció, mientras el bandido subía al piso y deteniéndose ante la puerta de la habitación de don César de Echagüe llamaba a ella con los nudillos.

Mientras esperaba que le abrieran cubrióse el rostro, hasta el borde de los ojos, con un pañuelo de hierbas y desenfundó el revólver.

Don César abrió la puerta y la visión del encubierto rostro y del descubierto revólver le hicieron abrir también los ojos a la vez que lanzaba un débil;

—¡Oh!

—No se asuste —indicó McKenna, empujando con el revólver al hacendado hacia el interior del cuarto y cerrando tras él la puerta.

—¿Puedo sentarme? —preguntó don César—. Debo de tener algo en las rodillas.

—Siéntese —replicó McKenna, enfundando el arma—. Y no se preocupe por eso que nota en las rodillas. Es, simplemente, miedo. Se le pasará en cuanto yo me marche.

—Pues… —Don César emitió una fugaz sonrisa—. No tome a mal mis palabras, pero si puede marcharse lo antes posible, se lo agradeceré muchísimo. Dígame lo que tiene que decirme.

—¿Cómo sabe que le tengo que decir algo? —preguntó, suspicaz, McKenna.

—Desde el momento en que no viene a matarme, es de suponer que viene a decirme algo, ¿no?

—Claro… —McKenna se desconcertó un poco—. Bueno, usted ha sido elegido para juzgar a ese mejicano que mató a tres tipos ayer.

—Sí, señor. Pero no para juzgarle, sino para decir si es culpable o no lo es.

—Es lo mismo. ¿Qué piensa usted decir?

—Lo que usted ordene.

—No toleraré bromas ni trampas, ¿eh?

—Me parece usted una persona demasiado seria para tolerar semejantes cosas. Además, emplea usted argumentos muy convincentes, señor.

—Ustedes, los mestizos, suelen tener un molesto sentido del humor. No sé si ha dicho burlonamente que hará lo que yo mande; pero le

aseguro que estoy dispuesto a obligarle a que cumpla al pie de la letra mis instrucciones.

—Bien; pero, ¿podría aclararme un detalle? — preguntó don César, como si algo le preocupara especialmente.

—¿Qué detalle? —preguntó, desafiador, McKenna.

—Al llamarme mestizo, ¿lo ha hecho usted involuntariamente, por creer que soy mestizo, o bien para ofenderme?

—Para ofenderle —contestó McKenna—. ¿Por qué?

Don César se encogió de hombros.

—Por nada. Simple curiosidad.

—Si le molesta y quiere pedirme cuentas... —ofreció McKenna, acercando la mano a la culata de su revólver.

—No, no —respondió, apresuradamente, don César—. Si no me ha molestado lo más mínimo.

—¿En? ¿Es que no le ofende que le llamen mestizo?

—No, señor. —Don César sonreía plácidamente—. Me ofendería, quizá, el que usted creyera que soy mestizo; pero si dice que me llama eso con intención de ofenderme, confiesa que no me cree mestizo, que no desea otra cosa que molestarme. Quizá le resulte un poco confuso; pero, siéntese y se lo iré explicando.

Maquinalmente, McKenna se sentó en la silla que indicaba don César, quien siguió:

—Si yo le dijese que usted es un jarrón de Sajonia, usted se echaría a reír.

—¿Por qué? —preguntó McKenna.

—Porque usted no es una porcelana de Sajonia.

—¿Y eso qué es? —inquirió McKenna.

—¡Caray! —exclamó el californiano, rascándose la nuca— Me pone usted en un aprieto. ¿Cómo le podría yo explicar lo que es una porcelana de Sajonia? Porque si le digo que es una porcelana parecida a la de Sevres, tampoco le aclaro nada, ¿verdad?

—No —contestó el bandido.

—¿Sabe lo que es un periódico? —preguntó don César.

—¡Claro que lo sé! ¿Por quién me ha tomado?

—Por nada y por nadie, señor —respondió el hacendado.

—¿Y qué tiene que ver un periódico con esas porcelanas de que usted ha hablado?

—Nada...

—Entonces, ¿por qué las compara?

—Yo trato de compararle a usted con un periódico —murmuró don César.

—Ahora le entiendo menos que antes. Yo no me parezco en nada a un periódico.

—¿Le ofendería que le llamase periódico?

—Creería que estaba usted loco.

Don César fingió quedarse pensativo. Rascóse los dientes. Movió la cabeza y, por fin, replicó:

—Ahora ha complicado usted las cosas.

—¿Por qué? —preguntó McKenna—. Y aún no ha contestado a mi pregunta.

—Usted me ha llamado mestizo. Yo le he llamado periódico. Yo no le he ofendido, porque usted está seguro de no ser un mesti... Quiero decir que usted está seguro de no ser un periódico, y por tanto, se ríe de mí opinión.

—¿Su opinión? ¿Qué tiene que ver su opinión con eso del periódico? —McKenna empezó a hablar amenazador—, ¿Es que opina que yo soy un papelucho?

—No, señor. Yo no opino semejante cosa; sólo digo que si le llamase periódico usted no se ofendería.

—¿No me enfadaría? —McKenna comenzó a frotarse la pierna derecha con la palma de la mano, como si quisiera afilarla—. No lo sé

—dijo.

—No se ofendería porque usted no es un periódico. Sólo nos ofenden cuando nos dicen lo que somos. Quiero decir que sólo nos ofendemos cuando alguien nos dice lo malo que de nosotros se sabe. Si yo, para ofenderle, quisiera llamarle periódico, usted se echaría a reír, porque usted no es un periódico, y además, sabría que mi intención era molestarle; pero, en realidad, yo estaba convencido de que usted no era un periódico. O sea, que usted sabe que yo no soy mestizo. Me ha llamado eso para molestarme. Usted lo ha confesado. ¿Por qué me voy a ofender si sé que usted no cree que yo sea un mestizo?

—¿Y si creyese que lo es? —preguntó McKenna.

—Entonces tampoco me ofendería, porque, al fin y al cabo, usted expresaría una opinión adquirida de buena fe.

—Entonces..., ¿cómo hay que ofenderle para ofenderle?

—Dudo mucho que haya nadie capaz de ofenderme. Soy un hombre amante de la paz y de la tranquilidad. Procuro no exaltarme.

—No tiene sangre.

—Si no tuviese sangre estaría muerto.

—Es usted un cobarde.

—Soy prudente. A eso lo llaman algunos cobardía Otros lo llaman sensatez.

—No tiene usted fama de valiente, señor De Echagüe.

—Nunca la eché de menos. Considero que una fama así no sirve de nada. Es un estorbo.

—A mí no me lo parece.

—El perro manso recibe más comida que el lobo fiero. El uno entra en todas partes, es bien recibido, acariciado, e incluso, si le asalta la tentación, puede robar algún pedazo de carne. En cambio, el lobo encuentra puertas cerradas, recibe palos o tiros y no come siempre que quiere. Pero estamos hablando demasiado. Usted debe de tener sueño.—Don, César bostezó ruidosamente. Luego, sacudiendo la cabeza, continuó— Si me dice lo que he de decir, lo diré cuando usted

quiera.

—¡Ah, sí! Yo venía... Bueno, mañana usted irá al Juzgado y seguramente el juicio será corto, porque hay poco que decir en favor y en contra de ese loco de Salgado. El Jurado decidirá su suerte y saldrá a anunciar el veredicto.

—¿Culpable? —preguntó don César, viendo que el otro no seguía.

—No. Inocente.

Don César bajó la vista hacia su mano izquierda. La estuvo observando calculadoramente durante unos segundos y, por último, preguntó sin mirar a su visitante:

—Esto es muy peligroso. Yo tenía la esperanza de que usted me ordenara que lo declarase culpable.

—¿Usted? ¡Pero si usted es el único amigo que tiene Salgado!

—No. Usted también es amigo suyo. De lo contrario... no me pediría que fallase no culpable.

—Yo cumplo órdenes. Y usted hará lo que yo.

—Si cumplo sus órdenes no haré más que poner mi cuello en la misma cuerda con que lincharán a Salgado sus enemigos cuando se enteren del fallo.

—¡Usted hará lo que yo le ordene! —gritó, amenazador, McKenna, a la vez que se incorporaba—. Ya sabía que usted iba a ser la parte difícil de la tarea. ¡Pero si no obedece por las buenas, lo hará por las malas!

—Me pone entre la espada y la pared —suspiró don César—. No sé qué hacer.

—¡Oiga, mestizo, indio, o lo que sea! He venido a verle para darle una orden. Usted la cumple y se expone a lo que sea; pero tenga en cuenta que si no hace lo que le ordeno, su vida no valdrá ni la mitad de lo poco que está valiendo ahora la de Salgado. No valdrá nada; porque si comete una imprudencia, yo me encargaré de arrancarle la piel a balazos. ¿Entiende?

—Habla usted claro, pero no me gusta la perspectiva,

—Un momento —siguió McKenna, echando contra el rostro de don

César su aliento cargado de tabaco y licor,—. No piense que puede escapar, porque si lo intenta se llevará una sorpresa de la que ya nunca más se recobrará. No tiene usted más remedio que cumplir mis órdenes. Al fin y al cabo, no es seguro que los ferroviarios le linchen; pero en cambio, sí es seguro que yo, con este «persuasor» —desenfundó de nuevo su revólver.— le...

McKenna no pudo terminar porque de nuevo su cabeza estalló bajo el impacto de un mazazo descargado con toda la energía acumulada en unos jóvenes brazos. Como un saco desplomóse a los pies de don César, quedando éste frente a su hijo, que sostenía un nudoso bastón coronado por una bola de cobre dorado.

—¿He llegado a tiempo? —preguntó el joven a su padre.

—No has evitado un crimen; pero has resuelto una situación desagradable —sonrió don César—. Si tardas un minuto más me hubiera muerto asfixiado por el aliento de este tipo. Es muy lindo ese bastón,

—Se lo quité a un vecino que lo olvidó junte a la puerta de su cuarto. Debió de estorbarle para abrirla... y luego olvidó recogerlo.

—Es la segunda vez que le das en plena cabeza. Retírate y evita cruzarte con él. Si se enterase de quién la ha tomado con su cabeza, te devolvería con creces los golpes.

—¿Hice mal entrando? —preguntó César.

Su padre movió negativamente la cabeza.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Así se justificarán algunas cosas.

—¿Cuáles?

—Vuelve a tu cuarto y procura oír lo que hablaremos cuando él despierte.

—No se oye nada. Sólo comprendí que tenías visita cuando, hace un momento, él levantó la voz.

—Pues ya te lo explicaré. Vete, hijo.

Don César empujó al joven hacia la puerta, y luego, regresando junto a McKenna, recogió el revólver que éste había soltado a efectos

del bastonazo, extrajo los cartuchos, los tiró por la ventana, y luego, conservando el revólver, se sentó en espera de que su visitante recobrará el sentido.

McKenna invirtió unos cuatro minutos en volver en sí. Cuando, entre gruñidos y quejidos, terminó de incorporarse, su mirada buscó al autor de la agresión; luego, sobresaltado, se llevó las manos al rostro. Sus ojos expresaron claramente la sorpresa que le producía encontrar allí el pañuelo.

—¿Quién me ha pegado? —preguntó con ronca voz.

—El «Coyote» —contestó don César.

McKenna le miró como si se hubiera olvidado de su presencia. Al ver que tenía entre las manos el revólver, levantó las suyas en señal de rendición.

—¡No, no! —pidió don César, ofreciéndole el revólver—. No tengo malas intenciones contra usted.

McKenna tomó el revólver, y por el peso del arma comprendió que estaba descargada.

—¿Dice que fue el «Coyote»? —preguntó mientras volvía a meter cartuchos en el cilindro.

—Sí. Venía a verme y usted le estorbaba. Le dejó sin sentido. Creo que fué muy considerado.

—Desde luego —admitió McKenna—. Yo no habría vacilado en matarle. Pero supongo que no le convenía eliminarme.

—Yo no sé nada de nada. El «Coyote» me dio una orden, y por fortuna, por una vez, ustedes y él van de acuerdo. Ahora ya me asusta menos la perspectiva de decir que Salgado es inocente.

—¿Fue eso lo que le ordenó el «Coyote»? —preguntó McKenna, enfundando su arma.

—Eso fue.

—¿Le dijo que yo había venido a ordenarle lo mismo?

—No, señor.

—¿Por qué no se lo dijo?

—Porque no me lo preguntó. Se limitó a decir: «Ya supongo a qué deberá la visita de este tipo, y le dio un ligero puntapié para indicar a quién se refería. El veredicto, César, ha de ser no culpable. Yo evitaré las consecuencias.» Y no dijo nada más, excepto que recogió su revólver, lo descargó, tiró las balas por la ventana y se fue después de entregarme el Colt, sin duda para que se lo devolviese a usted.

—¿Qué más dijo?

—Nada más.

—¿Qué más dijo? —insistió McKenna.

—Le repito que no dijo nada más. Quizá dijo «Adiós» al marcharse. ¡Ah, sí! También dijo algo acerca de que venía de hacer otras visitas.

—¿Cómo sabe que era el «Coyote»?

—Porque lo parecía.

—Usted es amigo suyo.

—No soy su enemigo; pero nadie es amigo del «Coyote.»

—¿Nadie? ¡Hum! ¿Me quitó el pañuelo?

—No.

—¿Por qué?

—Supongo que no le interesaría ver su cara, o tal vez ya la conocía.

—¡Hum! Esto es muy raro. Me parece que usted no dice toda la verdad.

—Digo lo que sé. Si dijera más, mentiría.

—¿Está seguro de que usted no dijo al «Coyote» que yo le había ordenado que dictase veredicto de inocencia?

—Estoy seguro.

—¿Por qué no lo dijo?

—Porque, sin duda, el «Coyote» se hubiera asombrado o extrañado, le habría hecho volver en sí, le hubiera interrogado, y mientras tanto, los amigos de usted quizá hubieran venido. Al encontrar al «Coyote»

lo más probable es que hubiesen huido; pero a lo peor le hubieran hecho frente y esto se hubiera transformado en un campo de batalla. No me gusta el silbido de las balas.

—Bien... Bien... Pues obedezca órdenes. Y no deje de ir al Juzgado.

Con pasos aún vacilantes, McKenna salió del cuarto, bajó al vestíbulo, quitándose el pañuelo, y preguntó al vigilante nocturno:

—¿Has visto entrar y salir al «Coyote»?

El hombre desorbitó los ojos, y para contestar sólo pudo hacerlo moviendo negativamente la cabeza.

—¿No ha entrado por aquí? —preguntó de nuevo McKenna.

—No, señor.

Más tarde, cuando su gente se reunió con él, todos dieron el mismo informe:

—Nadie fue a visitar a aquella gente.

—¡Ciegos! —gruñó McKenna—. Tuvisteis al «Coyote» ante vuestras propias narices y le dejasteis escapar...

—Le aseguro, jefe, que no... —protestó uno.

—¡Digo que estuvo allí y lo sé! —cortó McKenna—. ¡Cuadrilla de idiotas!

CAPITULO VI

SECUESTROS

Quincy Farísh acercóse a la mujer. Estaban en la galería que rodeaba la casa, formando con su piso el el techo del porche inferior, y cuya cubierta la constituía el alero del tejado de blancas láminas de piedra caliza. Del interior de la casa llegaban ecos de animadas conversaciones, aroma de cigarros habanos y un tenue resplandor.

—¿No se interesa por lo que se habla? —preguntó Susana MacGraw, mirando de reojo al joven, que se había acodado en la

barandilla de madera, casi rozándole el codo con el suyo.

—Estoy harto de negocios —murmuró Quincy—. Esta gente sólo sabe hablar de locomotoras, vías, túneles y rampas. Estoy seguro de que su marido, en la intimidad, no sabe hablar de otra cosa, ¿no?

Susana sonrió, dejando que la claridad de las estrellas pusiera puntitos de metálica luz en sus dientes.

—Estoy acostumbrada —murmuró, tratando de parecer que daba una vaga respuesta; pero segura de que sus palabras serían bien interpretadas por el hijo del coronel.

—Es un crimen obligarla a venir a un sitio como éste —siguió Farish—. Usted pertenece a la alta sociedad.

—Algún día llegaré a ella.

—Ya debiera estar allí.

Susana suspiró profundamente.

—En la vida todas cometemos errores —siguió—. El mío fue de ambición. Cerré los ojos al amor y los abrí a... Sí, eso es. ¿Por qué no decirlo? Los abrí a la codicia. Pensé que Eric avanzaría más de prisa.

—¿Olvidó a otro por él?

—No. Era un amor ingenuo. De colegiala. Un imposible. Por eso me costó poco renunciar' a él. Fué como renunciar a ser la esposa de un rey que ya estuviera casado.

Sonaron pasos en la galería y Shane Bowee llegó junto a ellos.

—Buenas noches —saludó Bowee—. Su marido la está buscando, Susan. Hola, Quincy. ¿Y su hermana?

Quincy Farish se encogió de hombros.

—No la he visto. He dejado de ser persona grata en mi hogar.

—Creo que alguien le busca en la sala —observó Bowee.

—Con su permiso —dijo Quincy, retirándose.

Susana le despidió con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza. Luego, antes de que los pasos del joven hubieran salido de la

galería, se volvió hacia Bowee y preguntó:

—¿No te ha sorprendido encontrarme tan bien acompañada?

—No tengo celos de ese idiota —replicó Bowee—. Ni de nadie —agregó.

—¿Te parece también una idiota su hermana?

—Me parece una buena muchacha que tiene la virtud de la fidelidad. Es una virtud poco corriente en la mujer.

—Ya sé que tienes mucha experiencia en el trato con las mujeres —replicó, mordaz, Susan.

—He conocido a bastantes, aunque ninguna poseyó excesivas virtudes.

—Aún no me has explicado tu propósito de deshacerte de mí —replicó, temblorosa de cólera, la mujer.

—Exageras tu importancia —contestó Bowee, burlón —. No he pensado, ni por un instante, deshacerme de ti tan a la tremenda, Susan. Los crímenes pasionales me parecen estúpidos. Además, he oído decir que sólo sé mata a las mujeres a quienes no se puede olvidar.

—Eres un grosero! Ya no me necesitas, ¿verdad?

—El hombre siempre necesita a la mujer.

—Nunca me has querido.

—Me gustaste y te sigo encontrando bonita. Como esposa eres un imposible, porque ya estás casada. Y lo demás...

—¿Qué? —preguntó, rabiosa, Susan, percibiendo la gutural carcajada de Bowee—. ¿Te has olvidado de todo?

—No, mujer. Yo no olvido nada. Pero en estas tierras tienen un refrán que dice: «Quien de ajeno se viste, en la calle lo desnudan.» Más de una vez he tenido que renunciar a ti en beneficio de tu legítimo dueño.

—Una palabra tuya hubiera bastado para qué yo lo dejase todo por ti.

—¿Sí? —Bowee volvió a reír—. Un escándalo, un divorcio y luego… No, Susan, no. Eres demasiado frágil para que se pueda confiar en que sólo por cambiar de dueño ibas a ganar en solidez.

—¡Eres un grosero!

—Soy sincero, que viene a ser lo mismo. Pero no pretenderás que llame blanco a lo que tú y yo sabemos negro. Tengo otras intenciones. Te recordaré como a una buena amiga, y si alguna vez me necesitas procuraré ayudarte. Agradezco lo que has hecho en mi favor y no tomo en cuenta nada más.

—Lo dices como si pudieras reprocharme algo

—No te reprocho nada, Susan. No pido peras al olmo, que es otro de los decires californianos. Ni siquiera te pregunto qué hacías en el vagón destinado a pasear a don César de Echagüe.

—Acudí a tu llamada.

—¿Sí? —Bowee rió nuevamente—. Bien, mujer, bien, No me enfado, ni te reprocho nada. No es asunto mío. Si convenciste a tu marido…

—Eres un cínico, Shane. Me quisiste matar para que no estorbara tu boda con Carlota Wilcox.

—Te aseguro que se trata de una boda muy poco agradable para mí. La estoy retrasando lo más posible a ver si puedo evitarla.

—Quieres a la hermana de Quincy. Ella es tu pasión, ¿no?

—Me gusta un poco. Aunque sólo fuese por la variedad de encontrar a una mujer decente.

—No sueñes que llegue a ser tuya. Tus ambiciones han abierto un abismo que ningún puente podrá cruzar.

—No seas tonta, Susan. Ningún abismo es demasiado ancho ni demasiado profundo. Yo sé cómo conseguir lo que deseo. Si quisiera casarme con esa muchacha, no me costaría nada tenerla a mis pies, suplicante, ofreciéndome lo que yo quisiera a cambio de mi buena voluntad.

Shane Bowee gozaba alardeando de su fuerza ante quienes sabía más débiles que él.

—¿Piensas atacarla por su padre y por su hermano? —preguntó la mujer.

—Cualquier lado es bueno para atacar.

—¿Y si yo la avisara? ¿Crees que me avergonzaría confesar nuestra verdad?

—Estoy seguro de que no sabrías cómo avergonzarte. Tienes demasiados años para aprender ahora lo que se suele aprender de niña. La falta de pudor en las mujeres me ha sorprendido siempre. Si quieres decirle algo a Agatha, puedes hacerlo. Pero no conseguirás nada. Ella ignora mis sentimientos. Te despreciará a ti.

—¡Eres odioso! No sé por qué siento lo que siento hacia ti.

De nuevo se oyeron pasos en la galería. Esta vez era MacGraw el que llegaba.

—Te estaba buscando, Susan —dijo, sin saludar a Shane—. Me dijo Quincy Parish que estabas aquí.

—Me aburría vuestra charla —contestó Susan, como si no advirtiese la dureza del tono de voz de su marido—. No sabéis hablar de otra «osa que de negocios.

—Puede que el señor Bowee sepa hablar de otras cosas —replicó el escocés.

—No seas ridículo, Eric —pidió Bowee—. Tú conoces mis sentimientos y sabes que tengo otras ideas mejores que robarle la mujer a un amigo.

—¡Señor Bowee! —protestó Susan, ofendida por algo más que el simple sentido de las palabras de Shane—. Me está usted ofendiendo delante de mi esposo.

—Yo soy quien te ha ofendido —replicó MacGraw—. Luego me disculparé. Vuelve al salón. Quiero hablar con el señor Bowee.

—¡No cometas ninguna locura! —pidió Susan—. ¡No os peléis! —Se volvió hacia Shane—: Por favor, señor Bowee, no tome en cuenta las palabras de mi marido.

Retiróse Susana MacGraw, dejando frente a frente a los dos hombres.

—Tus celos son ridículos, Eric —dijo Bowee.

—No sé hasta qué punto —replicó el escocés—. Pero le advierto, señor Bowee, que yo mataría a quien me la quisiera quitar. ¡Es mía!

—Claro que lo es —replicó el otro, riéndose mentalmente de la afirmación de su interlocutor—. Yo no hice más que acompañarla un rato y hablar del incidente de ayer. Cualquiera hubiera dicho que deseabas librarte de ella.

—Hay mucho y muy turbio en lo ocurrido ayer, Bowee. Mi mujer en el vagón… ¿Cómo se explica su presencia allí?

—Ella debe de poderla explicar, ¿no?

—Dice que el hijo de don César la llevó, al vagón diciendo que yo la llamaba.

—Puede que don César sea más listo de lo que nos imaginamos. Lo cierto es que el dinero que le dimos ha desaparecido. También ha desaparecido el documento de venta de sus tierras.

—Está claro que el «Coyote» anda metido en el asunto, y eso me preocupa, Bowee.

—Si está metido en el asunto, como tú dices, por ahora no ha dado muchas señales de vida. La muerte de Gulic nos ha compensado de la pérdida del dinero. Volveremos a comprar las tierras de don César, y esta vez le quitaremos de en medio limpia y eficazmente. He hecho llamar a un hombre que nos resolverá el problema.

—¿De quién se trata?

—Maurice Latour de Vignolet. Un aristócrata francés, habilísimo tirador de pistola. Su especialidad pública son los desafíos. Su especialidad privada es el quitar de en medio a los que estorban, cuando los tales son gente demasiado importante para asesinarla en cualquier callejón. Le he telegrafiado.

—¿Piensa provocar un desafío entre don César y él?

—Quiero que Latour lo provoque. Es hombre hábil en la materia. Sabe darse por ofendido por una alabanza lo mismo que por un insulto. Y una vez eliminado don César, nos ocuparemos de Quincy Farish.

—¿Hará matar al chico?

Bowee rió silenciosamente.

—No será necesario. Salvaré al muchacho para que su agradecida hermana me ofrezca su linda mano, su corazón y lo demás.

— ¿Y Carlota?

—Carlota Wilcox ha conseguido ya que su abuelo se una a nosotros. Ahora ya no la necesito tanto... ¿Quién buscaba a Quincy?

—No lo sé. Creo que salió de la casa. Alguna aventura amorosa.

—¿En Farish City? —Bowee se echó a reír—. Pocas aventuras pueden correrse en este pueblo. Lo más probable es que haya acudido a alguna partida de póker. Está convencido de que es un hombre de suerte. Ahora debe de dirigirse hacia cualquier garito más o menos distinguido.

Quincy Farish se dirigía a otro lugar. El mensajero no había sido muy explícito. Era un hombre joven, con aspecto de empleado de oficina. No llevaba armas visibles ni parecía peligroso.

—Comprendo que le parecerá extraño lo que voy a decirle —empezó cuando Quincy Farish se reunió con él en el vestíbulo del edificio de la TACR—. Le confieso que no me gusta interpretar este papel; mas viejas obligaciones me obligan a ello.

—Déjese de rodeos y diga de qué se trata —pidió Quincy.

—Cierta persona, cuyo nombre no puedo revelar, quiere verle.

—¿Qué clase de persona? —preguntó Quincy intrigado.

—No puedo decirle más. Esa persona quiere decirle algo. Si usted cree que existen motivos para que el acompañarme pueda parecerle una imprudencia, dígalo y yo, volveré a esa persona para decirle lo que ocurre y pedir alguna carta o algo que le convenza a usted de que no le espera daño alguno.

—¿Es hombre o mujer?

—Lo siento. Tampoco puedo decirle esto. Una reputación está en juego.

—Ningún hombre expone su reputación por citar a otro hombre —

observó Quincy—. Por lo tanto, se trata de una mujer.

—Posee usted imaginación —replicó el otro—. ¿Qué contesto?

—Nada. Yo responderé por usted. ¿Adonde he de ir?

—Yo le guiaré. Sígame.

Quincy recogió su sombrero y echó a andar en pos de su guía, preguntándose cuál sería el secreto de aquel misterio y cómo se resolvería todo.

De momento pensó que se trataba de una llamada de su padre para pedirle se uniera nuevamente a él; pero entre los defectos o cualidades del coronel Farish no figuraba la afición a los efectos teatrales.

—Debe de ser alguna mujer —se dijo.

Y como si un poder supremo hubiera escuchado sus pensamientos y quisiera arrancarle de su sueño, dos hombres salieron de un callejón junto al cual acababa de pasar y, echándose encima de él, lo inmovilizaron con la misma energía que hubiera puesto un vaquero en atar e inmovilizar a un ternero para marcarlo.

El grito que trató de lanzar fue ahogado por una ancha mano cuya palma olía a cuero curtido. Sus pies, con los que trató de defenderse, fueron atados con una correa que su guía sacó en cuanto se inició el ataque. El mismo guía fue el encargado de amordazarle y a juzgar por la habilidad y rapidez con que lo hizo, su apariencia de empleado de oficina era un engañador espejismo.

Aunque el joven tenía la impresión de que llevaba varios minutos luchando, cuando al fin quedó atado, amordazado y dispuesto para ser conducido a su cárcel, sólo habían transcurrido cuarenta segundos desde el primer ataque.

Otro hombre acudió entonces junto al grupo e, inclinándose sobre Quincy, le dijo, para tranquilizarle:

—No se apure, muchacho, no le ocurrirá nada malo, a menos que usted insista en que le ocurra.

Quincy emitió algunos sonidos agudos a través de la mordaza y Lin Carey explicó;

—Le llevo a mi pueblo, a las montañas. Allí estará seguro.

Volviéndose hacia sus hombres, les ordenó:

—Marchad en seguida. Y tened cuidado, pues la gentuza de McKenna vigila los alrededores para que no se escapen los jurados. Ya sabéis por qué lado no hay peligro.

Cuando sus hombres se hubieron marchado, llevando sobre un caballo al prisionero, Lin Carey buscó el suyo y galopó hacia la vía férrea.

* * *

El coronel Farish y su hija marchaban al trote de sus caballos por la llanura. La alta, espesa y verde hierba ahogaba el batir de los cascos de los caballos. El viejo sostenía contra el pecho un paquete de cartuchos de dinamita. Su hija, vestida como un muchacho, llevaba a la cintura un «Colt» del calibre 32 y, atravesado en la silla, un rifle de doce tiros. También llevaba los detonadores de los cartuchos, pues, como había dicho su padre, los detonadores nunca están demasiado lejos de los cartuchos si se quiere evitar que éstos estallen antes de tiempo.

El coronel no había pronunciado ni una palabra desde que salió a poner en práctica su idea. Durante la primera parte del nocturno viaje, la ira le impidió pensar en nada más. Deseaba destruir la obra que se re volvía contra él. Deseaba castigar a sus socios, que le habían echado de la administración de la Compañía cuando el triunfo estaba al alcance de su mano. Deseaba demostrar su fuerza; pero a medida que se acercaba al gran recodo de Agua Dulce, el coronel sentía que sus fuerzas se iban debilitando. La luz estelar cabrilleaba sobre los relucientes raíles, como si fuese una luminosa mano que los acariciara, mimosa.

Farish sabía cuánto costaba la colocación de cada uno de los tramos de vía. Conocía al centavo el valor de las traviesas, de los carriles, del balasto, los sacrificios enterrados a lo largo de cientos y cientos de millas de vía férrea, sin tener, siquiera, como en el caso de otros ferrocarriles, la facilidad de tender simultáneamente una vía desde la costa del Pacífico. Fue un ferrocarril difícil, y en el caso de que se llegara a destruir una parte del mismo, era casi seguro que no podría reconstruirse.

¡Y él, precisamente él, iba a iniciar una campaña de ataques contra su más querido hijo!

Hasta las rocas por entre las cuales cabalgaban parecían agitarse,

enfurecidas, contra él. moviendo sus pétreos brazos y clamando: «¡Asesino!.»

Agatha presentía el estado de ánimo de su padre. Estaba segura de que Trace Farish sería el más herido por la destrucción de aquel trozo de línea. Y a pesar de los años que llevaba de convivencia con su padre, a pesar de lo bien que conocía su extraño carácter. Agatha cometió el error de acercarse al coronel y, apoyando la mano en su brazo, le pidió:

—Olvida tus ideas de destrucción, papá.

—¡No! —replicó Farish.

—¿No ves que tú vas a sufrir más que ellos?

—¿Crees que soy un cobarde? —replicó el coronel.

—Creo que cualquiera, en tu lugar y en estas especiales circunstancias, se sentiría incapaz de destruir su propia obra.

—Yo no soy como los demás. Nadie hubiera hecho lo que yo. Y nadie sería capaz, como yo, de destruir esta maldita línea.

—Debes pensar en los que, fiando en tu honradez, expusieron sus ahorros en tu ilusión. Si arruinas el ferrocarril, los arruinarás a ellos también.

—Les devolveré su dinero —replicó obstinadamente el anciano.

—¿Cómo?

—Yo sé cómo —insistió Farish.

—No seas chiquillo, papá. Vas a hacer algo que te repugna y que, al mismo tiempo, sabes que no resultará eficaz.

—Ya lo veremos. Sé lo que hago, por qué lo hago y como debo hacerlo. Y como nunca me ha gustado arrastrar a gentes que desconfiasen de mí, puedes volver al pueblo. Dame los detonadores.

Arrancó la bolsa en que iban y siguió galopando, ahora más rápidamente, sin ocuparse de su hija. Esta le siguió; pero, al alcanzarlo de nuevo, el coronel se volvió hacia ella, ordenándole con acento vibrante de ira;

—¡Vete! ¡Ya te he dicho que te marches, Agatha!

—Papá. No puedo dejarte…

—Te he dicho que te marches. No te necesito. Y si no obedeces, te juro por mi honor que mataré a tu caballo para obligarte a permanecer lejos de mí.

Agatha sabía cuándo su padre pronunciaba una amenaza dispuesto a cumplirla al pie de la letra y cuándo sólo amenazaba para impresionar. Esta vez el coronel no amenazaba en vano, y hubiera sido una imprudencia forzarle a demostrar la realidad de sus amenazas.

—Como tú quieras, papá. ¿Te espero aquí o prefieres que regrese al pueblo?

—Vete. No te necesito para volver.

Agatha cerró los puños para dominar sus lágrimas.

—Hasta luego, papá —tartamudeó al fin.

Su padre no contestó. Volvió la espalda a Agatha, para ocultar su propia emoción. Ya se arrepentía de haberse portado tan duramente con su hija; pero había sido norma en su vida, desde que se casó, no dejarse conmover nunca por el llanto de una mujer. Así, mientras galopaba hacia su meta, se repitió sus viejas máximas:

—A las mujeres no les cuesta nada llorar, y como uno demuestre que las lágrimas le impresionan, está perdido irremisiblemente.

Algunas veces su mujer trató de conmoverle con llanto más o menos ruidoso. Luego fue su hija quien, en varias ocasiones, quiso lograr con lágrimas lo que las súplicas no le obtenían. Ambas fracasaron, aunque siempre ignoraron cuan cerca estuvieron del triunfo.

El coronel volvió al fin la cabeza. El ver a Agatha coronando una lomita casi le irritó.

—¡Qué pronto se ha dado por vencida! —masculló—. Si uno fuese a hacer caso del cariño que los hijos dicen tenerle…

Pero cuando Agatha, desde la loma, se volvió hacia él, para ver si también se había detenido, el coronel espoleó con más energía a su caballo y Agatha, ahogada por la pena, desapareció por la otra vertiente de la loma.

Cuando coronó otro cerro, creyó ver, ante ella, hacia Farish, un grupo de jinetes avanzando a todo galope. Al mismo tiempo oyó, muy lejos, el pitido de una locomotora y el retumbar del paso de máquina y vagones por uno de los puentes de hierro.

Volviéndose hacia donde estaba su padre, Agatha lo buscó con la vista. Ya no lo descubrió. Pero el pitido de la locomotora sonó más cerca, y también sonó el redoble de los cascos de los caballos sobre un espacio despojado de hierba.

Agatha pensó en volver sobre sus pasos para avisar a su padre. Para ayudarle; pero, en seguida, pensó que si el coronel corría algún riesgo, ella le ayudaría mejor entreteniendo a los que llegaban que yendo a prestar una problemática ayuda a su padre.

A pesar de esta decisión, y para ayudarle o prevenirle, movió la palanca del rifle, metió una bala en la recámara y disparó contra una roca.

La detonación y el maullido de la bala al rebotar, inundaron el valle, rebotaron contra Jos macizos montañosos y provocaron una algarabía de chillidos y aullidos. Varios coyotes ladraron lúgubremente.

La joven disparó otras dos veces, siempre apuntando al mismo sitio.

El coronel oyó las tres detonaciones y apresuró la colocación de los cartuchos en el punto más eficaz. Cuando se produjese la explosión media montaña se vendría abajo, sobre la vía, enterrándola bajo miles de toneladas de piedra.

Colocó los detonadores en los cartuchos, aplicó las mechas y, después de asegurarse de que por lo menos cinco de los cartuchos no podían dejar de estallar, encendió las mechas, que había reunido en un puñado para que ardiesen todas a la vez y las explosiones se produjeran simultáneamente.

De Farish City, dominando el furioso siseo de las mechas inflamadas, llegó el silbido de la locomotora, que arrastraba tres vagones cargados de ferroviarios armados, entre los cuales iba Ted Harley, para impedir cualquier extralimitación.

La locomotora, mal preparada, no daba de sí toda la energía que podía desarrollar; pero con leña y carbón mezclados, para obtener más calor, iba ganando velocidad y ya recuperaba el terreno que habían ganado los jinetes.

El coronel atisbó la noche desde lo alto del terraplén a que había subido para colocar los cartuchos. Vio el lejano haz de chispas que brotaba de la ancha boca de la chimenea. Calculó distancias y velocidades y reanudó la bajada.

—No llegarán a tiempo de meterse bajo el alud—pensó.

Continuó bajando y las piernas se le doblaron varias veces a causa de un vacío que notaba en su pecho. Cayó dos veces y perdió el sombrero y el pañuelo. Pensó en volver atrás a recoger ambas cosas y arrancar las mechas, salvando el ferrocarril del cataclismo que él, su propio padre, provocaba. Esta idea le devolvió fuerzas y llenó vacíos; pero no pudo vencer el rencor y el odio que se comprimía en su pecho.

—¡No! —dijo—. Ha de ser así.

Siguió bajando. El lejano silbido de la locomotora llegaba a él sincopadamente. Como si el jadeo de su viejo pecho se le hubiera contagiado a la fuerte y joven locomotora.

El siseo de las mechas al arder sonaba entre los claros que se abrían entre los pitidos de la máquina.

El coronel llegó a la llanura y corrió hacia el entrante formado en Agua Dulce. Cruzó el puente de hierro y buscó allí el punto donde había dejado su caballo. Creyó oírlo moverse entre los arbustos y aceleró el paso para llegar cuanto antes junto al animal, y, montado en él, subir por el sendero que le llevaría al oeste de Farish City.

Apartó unas ramas bajas de abedul, cuyas hojas, cargadas del rocío que el viento traía desde la cascada, le azotaron con húmeda mano el rostro. Vio su caballo y, sosteniendo las ramas para pasar entre ellas, avanzó el rostro, exponiendo la mandíbula, contra la cual, de pronto, inesperadamente, como ascendido de la tierra, saltó un enguantado y duro puño, bajo cuyo impacto el coronel saltó hacia atrás, como si le hubieran arrancado de cuajo la cabeza, y desplomóse cuan largo era.

Unos brazos lo levantaron en vilo y el agresor del anciano desapareció con éste en brazos hacia la cumbre del monte.

El silbido de la locomotora se oía más próximo. El ritmo de llamada hacíase más rápido, cual si el férreo corcel presintiera la proximidad de la tragedia.

Esta se produjo cuando el tren estaba a trescientos metros. En la

base de la montaña, allí donde los ingenieros construyeron muros de contención, abrióse una purpúrea rosa de fuego. Un trágico redoblar de tambores de piedra extendióse por la llanura, por la cual huía una ráfaga de aire caliente que agitaba ramas y aplastaba contra el suelo los largos tallos de la hierba. Luego, tras el relámpago de la dinamita, cuando aún no se había apagado el eco de la airada voz del explosivo, otro trueno, largo, tembloroso, rodante, como uno de esos ecos de la tempestad que parecen formados por la unión a remolque de varios truenos de distinta longitud, se extendió naciendo de la montaña que, se hundía sobre las dos paralelas de brillante acero. Varias veces pareció que terminaba y un nuevo derrumbamiento, unas toneladas más de rocas y peñascos despedazados y despeñados desde la cumbre reanimaba la voz del trueno, y éste recobraba vida y energía y hacíase más pavoroso, porque si le faltaba la luz de la explosión, tenía, en cambio, la pavorosa cualidad del seísmo geológico, del terremoto que destruye sin llama, que arrasa sin necesidad de explosiones, que en un minuto transforma un paisaje con una eficacia y rapidez que jamás reunirán las demás fuerzas de la naturaleza.

Gruesos árboles que vivían en la montaña desde antes de que los españoles llegaran a América, se hundían entre masas de piedra y nubes de polvo, quebrándose como si fueran arbustos, derramando la sangre de su savia sobre las piedras contra las que chocaban.

Piedras que parecían inconmoviblemente gigantescas saltaban como guijarros e iban a reunirse con aquellas que, siglos antes, bajaron de la montaña y detuviéronse en el llano.

Desde la detenida locomotora, que gemía como un hierro candente salpicado de agua, envuelta en blancos copos de vapor y coronada por un penacho de negro humo, los ferroviarios contemplaban el cataclismo.

—No sólo la vía se ha ido al diablo, sino también el telégrafo —dijo el maquinista, secándose el sudor con un puñado de cabos de algodón de los que utilizaba para limpiar la grasa de sus manos y de los instrumentos de la locomotora—, Me parece que tardaremos varios meses en recobrar el camino perdido.

—Ahí vienen los que tenían tanta prisa —comentó el fogonero, señalando a un grupo de jinetes que se acercaba.

—Traen a un hombre —observó un ferroviario.

Otro dijo:

—Si es el autor del atentado lo colgaremos de un poste.

—¡Aquí nadie tocará a nadie! —gritó Ted Harley

Sonaron risas amenazadoras. Harley sabía de antemano que estaba metido en un avispero.

—¡Es una mujer! —anunció uno de los que habían acudido al encuentro del grupo de jinetes, formado por MacGraw, Bowee, Lionel Wilcox y veintitantos guardas de la vía.

Agatha había sido rodeada por ellos a poco del último disparo. Confundiéndola con un hombre, se enfrentaron con ella armados con los revólveres y rifles, buscando la excusa que justificara el asesinato. Pero Shane Bowee, prevenido de lo que se proponía Farish, necesitaba una prueba y no quiso perder la que pensaba haber capturado.

—¿Dónde está el coronel, muchacho? —gritó, echando su caballo contra el de Agatha.

Esta lanzó un grito de miedo y su voz descubrió su identidad.

—¡Señorita Farish! —exclamó Bowee, conteniendo su caballo—. ¿Qué hace usted aquí?

—Salí a pasear…

Mintió sin energía, convencida de la inutilidad de tan pobre excusa.

—¿A estas horas y por estos lugares? —preguntó MacGraw.

—¿Tengo la obligación de elegir sitios especiales para pasear? —preguntó Agatha.

—¿Por qué disparó tres veces al vernos? —preguntó Bowee, ordenando por señas a MacGraw que se callara.

—Disparé contra un coyote —explicó la muchacha

—Debe de ser verdad, porque no hizo los disparos al aire observó Bowee, deseando ayudarla. Luego preguntó—: ¿Y su padre?

—Salí sin él —contestó Agatha.

—No suele dejarlo solo.

—Esta noche sentí deseos de cabalgar yo sola —musitó Agatha.

—Estoy tratando de ayudarla, Agatha,—dijo en voz baja Bowee—. No es una ayuda desinteresada, desde luego. Siempre la he apreciado, y esta noche, al saber que usted y su padre habían salido de Farish City cargados con dinamita y detonadores del polvorín de la Compañía, pensé en seguida en usted y en el innecesario riesgo que está corriendo. Dígame dónde está su padre. En una locomotora y dos o tres vagones van cuarenta hombres dispuestos a todo. Si llegan al sitio donde está su padre y lo cogen, lo matarán olvidando quién es y lo que ha hecho por ellos.

—¡No se atreverán! —exclamó Agatha, antes de darse cuenta de lo que decía y, sobre todo, de lo que descubría.

Cuando lo advirtió era ya demasiado tarde.

—Quiero salvar a su padre —dijo Bowee, a quien, en realidad, lo que más interesaba en aquellos momentos era evitar un desenlace violento contra el que, al fin y al cabo, seguía siendo uno de los principales accionistas de la Compañía—. Dígame dónde está o a dónde se dirige.

Un destello de luz en la ladera de la montaña denunció la presencia de Farish.

—Está encendiendo las mechas —dijo MacGraw.

Ahora Agatha no pudo evitar ya nada. Empujada por sus captores marchó entre ellos hacia donde estaba su padre. Como los demás, también ella recibió en el rostro la cálida y violenta ráfaga de aire desalojado por la explosión, y vio, como todos, el cataclismo provocado por su padre. Vio cómo la locomotora se detenía a prudente distancia y llegó, poco después al terreno inmediato al lugar del accidente.

—¿Habéis encontrado a alguien? —preguntó Bowee.

—No hay nadie —dijo el sheriff—. Tenemos que volver a Farish City para traer a los del telégrafo. Se ha perdido toda comunicación directa con el Este.

Un minero llegó trayendo de la rienda un caballo.

—Oiga, señor Bowee, ¿de quién puede ser este potro? —preguntó, deteniéndose dentro del círculo de luz que proyectaba el faro de la locomotora.

Agatha rompió en sollozos.

—¿Es el caballo de su padre? —preguntó Bowee.

La joven asintió con la cabeza, mientras retenía el rostro oculto entre las manos.

Se encendieron más las linternas y antorchas. Obedeciendo las indicaciones de Bowee se rebuscó por todas partes. Ningún rastro de Farish. Sólo, al fin, cuando la gente, cansada y aburrida, iba regresando al tren y a los caballos, alguien encontró, asomando entre las piedras, un destrozado sombrero negro. En la badana interior, unas iniciales de metal indicaban que el dueño del sombrero tenía un nombre que empezaba con T. y un apellido iniciado con F.

Esta vez Agatha no lloró. Cuando le fue presentado el sombrero asintió:

—Sí. Es el de mi padre.

El que lo había encontrado comentó:

—Pues... el pobre coronel debe estar sepultado bajo una montaña de piedra suelta. Ni en cien años acabaríamos de quitar la que le cubre.

Agatha fue llevada por Bowee al tren.

—Será más cómodo que volver a caballo —dijo. Y pensando en que la muchacha habíase convertido en heredera de todas las acciones del coronel, sintió crecer en su interior el deseo de hacerse agradable—. Le prometo que encontraremos su cuerpo —dijo— Antes de un mes, cueste lo que cueste, haré retirar hasta la última piedra.

Lionel Wilcox se acercó a la hija del que había sido su amigo.

—Hija, yo iré contigo...

Agatha dio un salto atrás, como huyendo del contacto con un apestado.

— ¡No me toque! —ordenó—. Usted era su amigo y le traicionó, ¡Usted le obligó a cometer esta locura que le ha costado la vida! ¡Márchese! ¡No quiero verle!

Lionel Wilcox no se atrevió a explicar su humillante verdad, su supeditación a la felicidad de su nieta, su falta de carácter y de

energía. Se retiró por donde había venido, solo, cansado. Y, al llegar a Farish City se encerró en su cuarto hasta la mañana. Cuando salió entregó a su nieta un abultado sobre.

—Toma —dijo a Carlota Wilcox—. Aquí están los títulos, los documentos y lo que te puede hacer falta. También está mi dimisión. El T. A. C. R. pasará a otras manos.

Carlota no se atrevió a pretender disuadir a su abuelo. Bowee le había dado la noticia de lo ocurrido, y al saber que el anciano estaba encerrado en su despacho, pidió a su prometida:

—Si te da algo tráemelo en seguida. Pudiera ser que intentara suicidarse.

Por eso Carlota, en vez de hablar con su abuelo, corrió en seguida al despacho de Bowee, entregando a éste el sobre.

—¿Se quiere suicidar? —preguntó la muchacha.

—No —contestó Bowee—. Dice que viajará por el mundo...; No debes temer nada. Y en cuanto a estos documentos, luego te los daré. Ahora debo ir a preparar la salida de los telegrafistas para que reparen la línea.

Guardó los documentos en un cajón, lo cerró con llave y salió con Carlota. Cuando vio marchar en el tren de socorro a los telegrafistas, con un vagón rebosante de postes, rollos de alambre, aisladores de porcelana y herramientas para abrir los hoyos de los postes, Bowee respiró, aliviado, y como ya estaba llegando la hora del juicio contra Salgado, se encaminó al lugar donde debía celebrarse.

CAPITULO VII

LAS DECISIONES DEL JUEZ «HORCA»

El juez Brand paseó su fría, inexpresiva y a la vez amenazadora mirada por la sala del Tribunal. Observó al reo, a los jurados, al improvisado fiscal, al defensor, a los ferroviarios, que constituían el noventa y ocho por ciento de los espectadores, y a la escasa fuerza reunida por el sheriff.

En cualquier lugar Gamaliel Brand hubiera llamado la atención; pero colocado tras la mesa dispuesta para él, jugueteando con la maza de caoba con la cual había «clavado» sus más duras sentencias, llevándose a los labios el vaso de agua, parecía agigantarse. Era un veterano en aquellas lides y nadie recordaba que una sentencia suya no fuera justa en la apreciación, aunque muchos afirmaban que sus sentencias pecaban de duras o ligeras. O no castigaba, o lo hacía con demasiada dureza.

Lanzando un bronco carraspeo, Brand jugueteó con la copia de la acusación contra Salgado.

—Levántate, hombre —ordenó Brand al acusado.

Salgado, a quien el tiempo transcurrido desde su «hombrada» había desinflado bastante, se levantó, temeroso, saludando con la mano, a falta de sombrero, al juez que debía decidir su suerte.

—Ayer mataste a tres hombres… —El juez buscó el nombre del acusado, y al hallarlo en el atestado, siguió—: Mataste a tres hombres, Tobías Salgado. Eso no está bien, a menos que se demuestre que hiciste un favor a la sociedad librándola de tres seres perniciosos. Si fuera así, yo te absolvería de toda culpa. Si, por el contrario, se demuestra que al matar a tus víctimas no obedeciste a ningún impulso noble y cometiste un homicidio o un asesinato, ¡que Dios tenga piedad de tu alma, porque yo, Tobías Salgado, no tendré piedad de tu cuerpo!

Como un viento frío corrió por la sala que servía de tribunal. Incluso los miembros del jurado parecieron agruparse más en busca del mutuo calor de sus cuerpos. Satisfecho de la impresión que producía, el juez continuó:

—La Ley, Tobías Salgado, me obliga a preguntarte si te consideras culpable o no. Si te consideras realmente culpable, debes admitirlo, en cuyo caso la Ley te compensará con su máxima suavidad en la sentencia, aunque, justo es confesarlo, en tu caso, la Ley podría perdonarte un crimen y ahorcarte sólo por los otros dos. Creo mi deber aconsejarte que te declares no culpable y nos dejes a los que sabemos más que tú de estas cosas, decidir si debes ser condenado o puesto en libertad. ¿Qué contestas?

—Lo que usted ordene, señor —musitó Salgado.

—Bien. —El juez emitió una impersonal sonrisa—. Diremos que no reconoces tus culpas. Ahora el acusador debería leernos su acusación; pero creo que no hace falta que lea nada, pues yo he leído lo que él ha

escrito y he sacado una conclusión. Creo que el acusado obró con todos los agravantes y que por ahora, si el señor defensor no tiene nada mejor que decirnos, no veo solución a la mala suerte de Tobías Salgado.

—¿Ha leído el señor juez las declaraciones de los testigos? —preguntó el fiscal, no muy ducho en aquellos menesteres.

—Sí —contestó Brand—. Son declaraciones terminantes y completas. Si, como he dicho, el defensor no se luce en la defensa, poco se podrá hacer por el acusado. ¿Quiere intentar algo en favor de su cliente, señor Covarrubias?

El abogado de los Echagüe sonrió, saludó al juez y antes de salir en defensa del acusado observó:

—Excelencia, entre los miembros del jurado figura, uno que me parece no debiera estar donde está. Se trata de mi cliente y protector don César de Echagüe, a cuyo padre, primero, y luego a él, debo el haber cursado mis estudios. No quisiera que pudiera decirse que su presencia entre los respetables miembros del jurado ha influido en la sentencia. Pido, por lo tanto que sea cambiado de sitio y pase al sillón de los testigos, mientras otra persona le reemplaza en el jurado.

El juez admitió las indicaciones de Covarrubias, y don César, exagerando su alivio, se trasladó de entre los miembros del jurado al sillón destinado a los testigos.

—Le voy a preguntar muy poca cosa, don César —dijo Covarrubias—. Usted conoce al acusado porque hace tiempo trabajó en su hacienda de Los Angeles y en la de Valle Lorenzo. Usted le vendió, en muy buenas condiciones de pago, las tierras que él posee en el valle.

—Sí —replicó don César—. Y opino…

—Su opinión no nos interesa, señor —dijo Brand, interrumpiendo al hacendado—. Seguramente tiene un gran valor en su casa; pero aquí lo que nos interesa son los hechos, no las opiniones.

—Creí que lo que más interesaba era nuestra opinión —contestó don César—. Al fin y al cabo, una sentencia siempre se basa en una opinión.

—En la del juez, no en la de un testigo —replicó Branda—. Conteste sí o no a lo que le vayan preguntando.

—Seré breve —repitió Covarrubias—. Sólo quiero preguntarle si Tobías Salgado es campesino o ganadero.

—Las dos cosas —contestó don César—. ¿Tiene importancia el que sea una o la otra?

—Desde luego. Esta región, excelencia, está considerada como ganadera —siguió Covarrubias, dirigiéndose al juez—. Si vuecencia me lo permite le enseñaré el mapa…

—No hace falta —interrumpió Brand—. Es una región ganadera; pero eso no quiere decir nada, porque no todos los que viven en regiones ganaderas se dedican a criar ganado.

—Mi defendido sí, excelencia —contestó el abogado—. Poseía una vaca y otros animales domésticos. Figura inscrito en el censo de ganaderos del Valle de San Lorenzo de Brindis y ha pagado sus cuotas religiosamente. Entre otras cuotas pagadas figura una de cinco dólares a Tomás Perales Anzaga por utilizar los servicios de un toro semental en su vaca llamada «Generosa.»

En la sala oyéronse estrepitosas risas que el juez cortó de un mazazo, mientras preguntaba:

—¿Es que alguno de ustedes no sabía cómo se multiplica la especie?

Nadie contestó y, tras esperar en vano unos segundos, el juez ordenó a Covarrubias:

—Continúe, licenciado.

—Si el Tribunal desea interrogar a Perales…

—No hace falta —contestó Brand—. Sé que usted no dice una mentira, a menos que pueda probar que es verdad, licenciado. No perdamos el tiempo. Hablábamos de la boda de «Generosa,» la vaca del acusado. ¿Era una buena vaca?

Dirigiéndose a don César, Covarrubias preguntó:

—¿Era una vaca de buena raza?

—«Hereford» cara blanca —explicó don César—. Muy buena raza, muy lechera y fácil de alimentar. Fue mi regalo de boda a Salgado.

—Buena raza —admitió Brand—. Pero si el cruce no se hizo

debidamente…

—El toro era también de la misma raza —contestó Covarrubias—. ¿No es así, don César?

—Sí. Purísima raza. Perales me hizo creer que estaba enfermo y luego que había muerto; pero tal vez murió realmente y Perales, que es medio brujo, lo resucitó.

Tomás Perales inclinó, nervioso, la cabeza. Covarrubias siguió:

—¿Fue usted quien aconsejó al acusado que cruzara su vaca con el toro de Perales?

—Sí. Le dije que era la única forma de obtener raza pura y buenas reses.

—Puede retirarse —invitó Covarrubias a don César

—Un momento —pidió el juez—. ¿Quiere preguntar algo el fiscal al testigo?

—No me interesan las vacas —rió el fiscal, siendo coreado por la mayoría de los espectadores.

De un furioso mazazo el juez cortó las carcajadas. Fue a decir algo, pero, dominándose, siguió:

—Continúe interrogando, licenciado.

—Ya nada más tengo que preguntar —anunció Covarrubias—. El delito que se está juzgando no corresponde, en modo alguno, a la competencia de este distinguido Tribunal.

Covarrubias cambió una sonrisa con don César, que se había sentado junto a su hijo; luego prosiguió:

—El jurado que debe decidir la suerte de mi defendido está compuesto por trece miembros. De ellos, sólo uno es ganadero. Los demás no lo son, y, por tanto, ignoran las leyes que rigen en estos casos: Mi cliente ha matado a tres hombres. ¿Por qué? Porque los tres hombres a quienes mató habían matado antes, alevosamente, a su vaca.

—¡Vaya delito! —gritó un espectador.

Cuando cesaron las provocadas risas, Covarrubias siguió con su

defensa.

—Sí, es un grave delito, porque las leyes ganaderas de las regiones en que predomina la cría y trata de ganado vacuno, dicen bien claro que la muerte de una res vacuna se castigará con la muerte de su matador, siempre y cuando no se trate de un ternero, macho, con algún defecto, y que haya sido matado para obtener de él un alimento. A pesar de ello, si reuniendo estos requisitos faltara el de haber despellejado debidamente al animal, después de muerto, colocando la piel en sitio seguro. Es decir, señores del jurado, que si uno mata a un ternero para comer y evita que se pierda la piel y la carne sobrante, el tribunal debe absolverle.

—¡Eso es imposible! —protestó el fiscal.

—Es verdad —contestó el juez—. Debe leer la legislación ganadera del Suroeste. El que mata para comer, y evita destrucciones innecesarias, merece la consideración de sus semejantes. Si mata para comer y deja que se pierda la piel, demuestra que no pensaba en la persona a costa de quien estaba comiendo, y por ello, según los lugares y regiones, puede ser condenado a muerte o a un año de prisión. Es la pena más leve que prevé el código de los ganaderos. Si en vez de ser ternero fuese ternera, el que el motivo de la muerte fuese hambre, no influirá en la pena, que será de muerte contra el matador de la ternera, a menos que el dueño del animal intervenga en favor del acusado, Por último, la pena más grande corresponde a aquel que mate a una vaca dé pura raza, que se halle más o menos a punto de traer un ternerillo o acabe de tenerlo. Las hembras son sagradas y quien las mata incurre en un gravísimo delito, como les ocurrió a quienes mataron a la vaca de mí defendido, quien, dé acuerdo con la legislación ganadera, obró con pleno derecho al castigar a los matadores de su vaca. Es ley ganadera, válida y soberana en toda región ganadera.

Un murmullo de incredulidad corrió por todos los labios, y se convirtió en clamor cuando Gamaliel Brand asintió con la cabeza, diciendo luego:

—El señor licenciado defensor del acusado tiene razón. Esta región es considerada ganadera, y siendo ganadero el acusado, y ganadero el delito de que se le acusa, es justo y obligado que lo juzgue un tribunal ganadero, por lo cual ordeno que el reo, con toda la prueba documental, sea trasladado a San Juan de Capistrano, para que allí decida su suerte un tribunal capacitado.

El murmullo de incredulidad se convirtió en rugido de ira; pero el «Juez Horca» sabía, por experiencia, cómo tratar a gentes como las que estaban llenando la sala.

—¡Silencio! —ordenó, descargando un mazazo sobre la mesa.

Había en aquel hombrecillo, al que cualquier ferroviario hubiese podido destrozar con sus manos, una fuerza que emanaba de su interior, de sus ojos, de su personalidad más que de su propia figura. Hablaba con tanta seguridad, que todos pensaron lo mismo: que el juez tenía medios eficaces de imponerse al auditorio, y le escucharon jadeantes, sin renunciar aún a su deseo de hacer justicia rápida y contundente.

—Vais a salir de este local y regresaréis a vuestras casas dijo el Juez Brand, como si se estuviera dirigiendo a un grupo de chiquillos —. No quiero alteraciones ni justicias privadas. Mi sentencia es buena. Yo lo sé. Vosotros no. He vivido entre ganaderos y sé lo que significa una vaca, un buey, un caballo. Aquellas gentes crearon unas leyes duras. Muerte al que matase a un animal doméstico. ¡Yo he enviado a la horca a un hombre que, por rencillas con otro, mató al perro de su enemigo! Diréis que un perro no valía la vida de un hombre. Tal vez no; pero aquel perro era el guía de la ciega madre de su dueño. Sin él, la pobre mujer tuvo que permanecer encerrada en su casa. Estaba tan acostumbrada a que el perro la guiase por todas partes, que al quedarse sin él tuvo la impresión de que se había vuelto más ciega. Y dos o tres días después de la muerte del perro, la mujer, moviéndose a tientas, tiró un quinqué, incendió la casa, no supo hallar a tiempo la salida. Murió unos días más tarde, a consecuencia de las quemaduras. Creo que hice bien condenando a muerte al que mató al perro. En las ciudades grandes, o en los pueblos como éste, los hombres no saben lo que valen para él los animales. Si necesitan leche, la compran. Si les faltan huevos, hacen lo mismo. En el campo, no.. Para conseguir leche hay que preparar a la vaca, ponerla en condiciones de que la dé. Y eso no se consigue en unos minutos. Yo, en el lugar de este hombre —señaló a Salgado—, hubiera hecho lo mismo que el habría matado a los que yo hubiese considerado culpables del asesinato de mi vaca. Y este sería mi veredicto si no creyese que el acusado obró precipitadamente, sin asegurarse antes de si castigaba o no a los verdaderos culpables.

Hizo una pausa, sorbió un poco de agua y en seguida reanudó el discurso:

—Salid de aquí y retiraos en paz, porque si a este hombre le ocurre

algo por vuestra culpa, yo recordaré a cada uno de vosotros y le castigaré como creo que merece ser castigado. Salid.

Le obedecieron en silencio, sin más protestas, y don César, que había asistido sonriente al desarrollo del juicio, murmuró al oído de su hijo:

—Vamos de prisa. Ocurrirá algo. Esta gente no se ha dejado amansar por las palabras. Sabe que no pueden ser reforzadas con hechos y se vengará del juez y de todos.

—¿Cómo lo impediremos?

—Avisa a Lín Carey. Es el único que puede ayudarnos.

Estaban fuera del juzgado y detuviéronse para ver salir a los últimos espectadores. Todos lo hicieron con nerviosa prisa, impulsados por el temor de quedarse encerrados dentro del Tribunal.

Frente al edificio se habían ido agrupando los hombres de McKenna, guardas del ferrocarril y ferroviarios, que comentaban el suceso. Todos iban armados y algunos, además, bebían whisky y ron.

—Date prisa —ordenó don César a su hijo—. Esto va a reventar pronto.

—¿Y tú?

—Iré a cambiar de ropa por si consigo dominarles un poco.

Lo dijo sin ¡seguridad. Su hijo estuvo a punto de pedirle que no expusiera la vida por Salgado, pero no se atrevió a decirlo. Apresuradamente marchó hacia donde sabía que iba a encontrar a Lin Carey.

CAPITULO VIII

PLOMO EN UNA ESTRELLA DE PLATA

Ted Harley había desenfundado sus dos niquelados revólveres y después de examinar si estaban completas las cargas los enfundó y volvió a desenfundar varias veces, ejercitando los dedos.

«Boots» Malone le observaba sin disimular su aprensión.

—¿Piensa plantar cara a esa pandilla de locos? —preguntó.

Su voz retumbó en la yacía sala. En ella sólo estaban el sheriff, Salgado y él.

—Tengo un deber que cumplir.

—El primero es conservarse vivo. ¿No?

—Si te da miedo quedarte aquí, sal, y no creo que te digan nada —ofreció Harley.

—El miedo no es que me digan, sino que hagan —rió «Boots.» Movió la cabeza y al fin decidió—: Por una vez, incluso será divertido exponer la piel, ¿no?

Harley no contestó. Habase acercado a una de las ventanas y observaba lo que sucedía en la calle. Volvió junto a Salgado.

—Nos has metido en un buen apuro —dijo.

—Si me da un arma me defenderé —pidió el joven.

—Aún no es necesario. Pero quizá más tarde... Cuando salgamos no te apartes de mi lado. Ahora quédate aquí mientras yo salgo a ver cómo están los ánimos.

—En su lugar yo no lo haría —dijo Brand, entrando en la sala vestido con otra levita que la usada antes—. Esa gentuza es dueña de la calle y no tolerará invasiones. Pero tampoco se atreverá a entrar de nuevo aquí. Creo que debe cerrar bien las puertas y quedarse en el Juzgado hasta que los de fuera se cansen de permanecer en la calle. Puede que entonces marchen a sus casas a comer o a cenar.

—Eso sería como darles la oportunidad de alardear durante meses de que lograron mantenerme sitiado...

—Usted puede alardear de que les quitó de entre las manos a un hombre a quien pretendían linchar. Su posición será más firme.

Harley llevó a un lado al juez.

—Creo que estamos en peligro, y no lo digo porque me asuste la idea de dejar la vida aquí. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Salga de aquí y márchese a caballo, hacia la costa. Farish City está

prácticamente aislada del mundo. Aquí han ocurrido cosas graves. Mataron a un banquero y el ferrocarril ha caído en manos de gentes sin escrúpulos, que sólo piensan en atropellar derechos ajenos. Haga que vengan soldados, que establezcan una guarnición, que se evite el dominio absoluto de la Compañía.

Brand sonrió tristemente,

—Me pide usted mucho más de lo que yo podría hacer. Puede que todo eso sea necesario; pero nada se conseguirá hacer mientras no pueda presentarse un motivo justificado. Estos asuntos de gobierno y orden público nunca se resuelven previsoramente. Se cura el mal; pero nunca se evita. El gobierno federal no puede enviar tropas a este sitio sin motivo justificado, o sea sin que antes de enviarlas no haya habido alteraciones de orden, crímenes y sucesos por el estilo. Si obrase de otra manera, el gobierno de California protestaría de la invasión y atropello de sus atribuciones. A pesar de todo, procuraré hacer algo. ¿Cuándo cree que estarán restablecidas las comunicaciones telegráficas? Harley se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? La destrucción fue muy grande. Sin embargo, los equipos enviados son de la mejor calidad. Supongo que mañana las tendrán listas.

* * *

Pero las comunicaciones telegráficas debían tardar más de un día en poderse restablecer. Y no por la importancia de las destrucciones, sino por un inesperado motivo.

Louis Parker era un veterano de la «Western Unión.» Había trabajado en el tendido del primer hilo telegráfico entre el Oeste y Chicago y, antes, había trabajado en los yacimientos auríferos de California. No tuvo suerte en ellos y los dejó para dedicarse a otro trabajo que, si bien era menos emocionante que el buscar oro en las arenas de los ríos, tenía, en cambio, la ventaja de una seguridad matemática en los ingresos.

Estaba abriendo un hoyo en el derrumbe, para colocar un poste interino que salvase la pirámide de rocas caídas de la montaña y, sin saber por qué, comenzó a pensar en sus juveniles años en la cuenca del Sacramento. Mientras recordaba las emociones, de aquella época de su vida, iba tirando pedazos de cuarzo que le estorbaban en su mecánica tarea. Cuando ya tenía el hoyo bien abierto y disponíase a llamar a sus ayudantes para que subieran el poste, un destello de luz

dio en el pedazo de cuarzo que iba a tirar por encima del hombro. Una fina veta amarillenta lo cruzaba. Parker contuvo un grito de alegría; No podía ser cierto lo que sus ojos estaban viendo! ¡Era un espejismo provocado por sus recuerdos de los tiempos pasados!

Examinó de nuevo el cuarzo. No cabía duda. Allí había oro. ¡Y mucho! A simple vista podía calcular en un par de dólares la cantidad de metal utilizable en aquel fragmento de piedra. Cogió otro. No vio nada en él. Pero en el sexto pedazo de roca volvió a hallar la veta aurífera. Y a medida que iba examinando piedras hallaba más señales inconfundibles de que el Destino le había puesto sobre la pista de un fabuloso yacimiento.

No supo contenerse. Más tarde lo lamentó. Pero entonces comenzó a gritar entusiasmado, llamando a sus compañeros, anunciándoles el descubrimiento.

Hubo unos momentos de estupor, de incredulidad, de manosear los fragmentos de cuarzo, de acariciar los hilitos de oro que los cruzaban, y, de pronto, la locura colectiva, el entusiasmo desenfrenado, que hizo abandonar el trabajo, los postes, los rollos de alambre e iniciar una estampida hacia el tren que los había conducido allí.

—¡A Farish! —gritaron los telegrafistas—. ¡De prisa! Llenando el aire de agudos silbidos, la locomotora emprendió el regreso empujando los vagones descubiertos, que ahora, parecían una sala de baile y por los cuales corrían, saltaban y abrazábanse los descubridores del precioso metal.

* * *.

La salida del juez Brand fue acogida silenciosamente por los que esperaban frente al Juzgado. Si no pusieron voz a su hostilidad, su propio silencio decía bien claro qué sentimiento despertaba en ellos la presencia del hombre que, valiéndose de un ardid legal habíales privado del morboso placer de actuar como verdugos.

Pero si Brand fue acogido con silencio, Harley, en cambio, fue recibido con silbidos y amenazas, cuando asomóse a la puerta, para estudiar la posibilidad de una salida o la conveniencia de seguir las indicaciones del juez.

—¡Fuera!—gritó McKenna—. ¿Qué sheriff es ése que ayuda a los mestizos contra los blancos?

Desde el cuarto en que se había ocultado, después del fallo del juez,

Bowee observó a Harley. Junto a él, con un rifle entre las manos, MacGraw comentó.

—Si sale vivo de esta prueba su prestigio ganará mucho.

Bowee movió negativamente la cabeza.

—No vivirá para contarlo —dijo—. Dame el rifle.

—Pero… ¿No es McKenna el que ha de disparar? —preguntó MacGraw, cediendo el arma.

—Sí; pero, a veces, cuesta más enfrentarse con un hombre solo que hacerlo con una multitud

Bowee levantó el rifle y por la abierta ventana apuntó contra la estrella de plata que Harley lucía sobre el corazón.

Era un blanco fácil; pero Bowee sintió un creciente temblor en el pulso. Harley estaba demasiado solo y, además, le miraba aunque no debía verle.

Bajando la puntería, y cerrando los ojos al apretar el gatillo, Bowee disparó. Cuando abrió los ojos Harley estaba arrodillado en el suelo. En sus manos brillaban sus dos revólveres, y en la pierna izquierda tenía un manchón de sangre.

Bowee movió la palanca del rifle, metió otro cartucho en la recámara y se disponía a apuntar cuando Harley, como si adivinara su intención, disparó dos veces contra la ventana. Una de las balas arrancó una larga astilla del quicio y, rebotando, pegó en el techo, cayendo luego al suelo, sin fuerza. La otra bala entró zumbando furiosamente y se hundió en un tabique. Bowee disparó de nuevo y vio cómo la bala alcanzaba al sheriff en el vientre. En seguida empezaron a sonar más disparos y Harley quiso replicar con sus «Colts.»

Su figura, arrodillado ante la puerta principal, con un humeante revólver en cada mano, era trágica y patética por lo desproporcionado de la lucha que mantenía. De pronto, una bala atravesó su estrella de plata y, desde la ventana, Bowee vio claramente el negro agujero que el proyectil había abierto en la placa.

Durante una décima de segundo, Harley permaneció inmóvil, rígido, asombrado; luego, abrió las manos, dejando caer los revólveres, y lentamente, como si le sostuvieran unos invisibles hilos,

fue cayendo de bruces, hasta quedar así, con las palmas de las manos pegadas al suelo, la cara ladeada, como si escuchase algún eco terrestre, mientras una aureola de sangre iba formándose en torno a él.

La muerte del «sheriff» provocó un súbito silencio. Los ferroviarios se dieron cuenta de que no era al «sheriff» a quien habían querido matar. Su muerte era un accidente que todos lamentaban. Ellos querían linchar al asesino de sus compañeros.

Dieron unos pasos hacia adelante; pero el cadáver de Harley ofrecía una barrera casi más fuerte que antes, cuando sus manos estaban vivas y armadas.

—¡Ese mejicano tiene la culpa! —grito MacKenna—. El debe pagar esta muerte.

Las masas tienen reacciones extravagantes, locas, desquiciadas. Las palabras de McKenna fueron aceptadas por los asesinos como una justificación de su propio delito. El culpable era Salgado. Debían matarlo y hacerle pagar su nuevo crimen.

Precipitáronse hacia adelante al mismo tiempo que el galope de un caballo anunciaba una nueva intervención.

Era tan veloz, tan imperioso, tan amenazador, incluso, que los que ya estaban casi junto a la puerta del Juzgado volviéronse y, a una, pronunciaron un nombre que puso hielo en todas las venas;

—¡El «Coyote»!

El miedo es contagioso y el que provocó el enmascarado fue especialmente contaminador. La masa de ferroviarios se apartó del cadáver de Harley y apretujóse en un ángulo de la calle.

Pero esta reacción sólo podía ser transitoria. Cualquier suceso, por mínimo que fuera, podía alterar la balanza.

El «Coyote» lo sabía y en vez de disparar contra el grupo, lo hizo contra el suelo, a pocos metros de los pies de los hombres, haciendo que las balas, al rebotar, aullaran amenazadoras, como perros de pastor que a ladridos manejan y dominan al ganado.

Mientras disparaba saltó al suelo y corrió junto a Harley. Iba a arrodillarse para comprobar si estaba muerto, cuando su mirada se fijó en la ventana tras la cual estaban Bowee y MacGraw.

El primero había levantado el rifle, para disparar a Mansalva contra él; pero el movimiento de cabeza del «Coyote» puso tanto miedo en su cuerpo, que, lanzando un chillido, tiró el rifle y ocultóse detrás de Mac Graw, interponiéndolo como escudo entre él y su contrario.

El «Coyote» disparó de nuevo y MacGraw lanzó un grito de dolor al sentir la mordedura del plomo en su oreja. Al mismo tiempo se libró de las manos que le atenazaban y con el rostro ensangrentado salió del cuarto, dejando a Bowee frente a la ventana, petrificado por el terror.

Pero el «Coyote» ya no pudo aprovechar la oportunidad de vengar a Harley. Los ferroviarios habían dejado de retroceder. En sus enturbiados cerebros iba entrando la convicción de que ellos eran los más fuertes.

Captando esta reacción, el «Coyote» saltó hacia atrás y empujó con la espalda la puerta del juzgado. Una vez dentro la cerró de un puntapié.

—¡Nos van a matar! —oyó gritar a «Boots»—. No debió entrar usted...

—Si quieres salir, aprovecha la oportunidad —dijo el «Coyote.»

—¡Sí, sí! —.tartamudeó, histéricamente, Malone.

Cuando se precipitaba hacia la puerta, el «Coyote» le advirtió;

—Deja tus armas aquí y antes de salir, asoma un pañuelo blanco.

Malone solo siguió la primera indicación. Desciñóse el cinturón canana y dejó caer al suelo sus dos revólveres y las municiones metidas en los canutillos de la canana. Luego, sin pensar más que en salir antes de que entraran los furiosos ferroviarios, abrió la puerta, contra la cual dispararon a la vez treinta revólveres cuyos dueños esperaban ver aparecer al «Coyote.»

«Boots» Malone sintió como si le segaran por la mitad del cuerpo. Sostúvose un momento en la hoja de la puerta y luego cayó de rodillas. Por último, se desplomó de espaldas.

Cogiéndole de una mano, el «Coyote» le apartó de aquel peligroso sitio, mientras Salgado disparaba por una de las ventanas contra los que subían hacia la puerta.

Dos ferroviarios se replegaron heridos y los demás lo hicieron

asustados.

—¡Ahorra las municiones! —previno el «Coyote»—. No nos sobrarán muchas.

Salgado le miraba fijamente.

—¿Por qué me ha ayudado, señor? —preguntó.

—No sé si te he ayudado a otra cosa que a retrasar tu muerte —dijo.

Salgado le miró más fijamente. ¡Aquella voz! Pero...

—¡Don César! —Lo dijo casi involuntariamente. Arrastrado por la sorpresa.

—No digas tonterías —replicó el «Coyote.»

—No debe temer de mí, patrón —murmuró Salgado—. Le juro que de mis labios nadie oirá la verdad, Le estoy muy agradecido.

—Vigila a los de fuera y no sigas diciendo tonterías, hombre. Te has confundido.

—No, patrón. Yo sé bien quién es usted. Su voz ha sido inconfundible. Muchas gracias. No es lo mismo que a un pobre como yo le ayude el «Coyote» que descubrir que el «Coyote» es el propio patrón... No tema de mí. Yo nunca le descubriré. Sólo le pido que cuide de Elena... y de nuestro hijo, si es que de veras va a nacer.

Cuando el «Coyote» comprendió la intención de Tobías, ya era demasiado tarde. El joven estaba junto a la puerta y la abrió de un tirón, precipitándose fuera, disparando frenéticamente sus revólveres y recibiendo en su cuerpo el diluvio de plomo que le llegaba de todos los ángulos de la calle. Dando traspiés, como un borracho, girando en redondo varias veces, como ciego, anduvo unos segundos antes de que, lleno de sangre de la cintura hasta la cabeza, terminara cayendo cruzado sobre el cuerpo de Harley.

El drama había llegado a su lógico fin. Salgado había muerto de la misma forma que murieron sus víctimas: a plomo ardiente.

En la calle sonaron algunos gritos de triunfo, que parecieron débiles por la falta de ecos hallada. Alguien propuso apoderarse del cadáver y lincharlo; pero aún quedaba el «Coyote.» Solo, dentro del juzgado, les

parecía más peligroso que un rato antes, cuando eran tres los que se oponían a sus ataques.

De la vía férrea comenzaron a llegar frenéticos toques de sirena. Era la locomotora en que habían salido los telegrafistas; pero el nervioso pitido que sonaba cada vez más próximo, era, indudablemente, una señal de socorro, de triunfo o de aviso. Desde luego, era una llamada.

Los menos belicosos aprovecharon la ocasión para abandonar el lugar de la lucha. Los otros se parapetaron de forma que no pudiera alcanzarles ninguna bala.

Los pitidos de la locomotora ya sonaban como si la máquina estuviera en la misma calle.

El «Coyote» miró, cauteloso, por un ángulo desenfilado. Un lejano griterío llegó a sus oídos. Primero ininteligible, luego...

—¡Oro! ¡Oro!

Y en seguida:

—¡Oro en Agua Dulce! ¡Millones en oro!

La locura es también contagiosa. Al oír la mágica palabra: «Oro,» los sitiadores del «Coyote» abandonaron sus posiciones, sin pensar que se ponían a tiro de su enemigo. Luego, cuando los telegrafistas asaltaron el depósito de herramientas en busca de palas y picos para extraer el oro, los otros, temiendo llegar demasiado tarde, se lanzaron también al asalto, porque el oro y la codicia hacen olvidar todo deseo de venganza.

En unos minutos la calle quedó solitaria. Sólo dos cadáveres marcaban el punto máximo alcanzado por la marea homicida. Hasta Bowee y MacGraw habían corrido a la estación para saber si el oro estaba en las tierras cedidas a la Compañía y, por lo tanto, les pertenecía, o bien se encontraba en terreno libre, al alcance de cualquier denunciador de yacimientos.

Cuando el «Coyote» salió del Juzgado, Farish City era un pueblo desierto. Sus calles vacías. Sus edificios abandonados. Incluso el hotel había sido desocupado.

Aquella soledad duraría muy poco. El descubrimiento del oro atraería a miles de hombres y mujeres de todo el país. Y las

consecuencias del hallazgo no serían buenas para nadie. Nuevamente el pasado resucitaba. Otra vez tendría que imponerse la justicia del «Coyote» para dominar abusos y atropellos.

—Pero ante todo te vengaré a ti, Tobías Salgado —prometió el «Coyote,» mientras recobraba su aspecto de don César de Echagüe.

FIN

[1] Véase El «Coyote» número 0 de la colección.